

CRÓNICAS DE CATALUÑA.



¿A qué debo la visita del muy noble Bernardo de Moncada?

EL MILAGRO DE LOS MONCADAS.

TRADICION DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

A últimos del siglo XI el cristianismo lanzaba hacia el Oriente seis millones de entusiastas con el objeto de liberar el Santo Sepulcro del poder de los mahometanos. El Norte de la Europa habia inundado al Mediodia de bárbaros, y el Africa á su vez empujó á los árabes mas allá del Mediterráneo. El valor salvaje de los godos no fué suficiente para contener la irrupcion moruna y los príncipes católicos solo recobraron las conquistas de los sarracenos por medio de milagros. La historia enumera las batallas gigantescas de la edad media, en las que un puñado de fieles triunfaban de la fuerza numérica: empero la filosofía enmudece ante la jornada de las Navas de Tolosa, calla el arte al explicar la derrota de Tours, cesa la crítica al describir la victoria de Clavijo y no se comprende como Godofredo

25 de Febrero de 1851.

tomó á Jerusalem. Los hechos prodigiosos de aquella época llevan un sello sobrenatural, y creemos fuera del limite humano tantas hazañas y tan marcados triunfos del estandarte de la Cruz. Por lo mismo leemos con santa curiosidad esos episodios que la tradicion ha legado á través del olvido de los años, y doblamos la frente delante de los santuarios que la mano del mortal agradecido construyó en memoria eterna de alguna gracia que le dispensó el Señor de los cielos.

I.

El dia primero de noviembre del año 1094, dos caballeros se dirigian por la cuesta de Al-forja hacia las montañas de Prades. Era la noche oscura y fria: el firmamento nebuloso dejaba sentir las heladas brisas de las primeras nieves y la naturaleza vegetal se despojaba de las últimas hojas del otoño. Las pisadas de los corceles resonaban en los ecos de las peñas, y la voz de los caballeros se confun-

TOMO IX. 4

dia con el murmullo de los árboles azotados por el aura ligera del Norte.

—Bernardo, decía uno de los viageros; temo que el Régulo de Ciurana nos arme un lazo para congratularse con el rey de Valencia; y una vez estemos en su poder quizás no se acuerde del salvo-conducto que os ha ofrecido.

—He prometido encontrarme en aquel castillo mañana antes del amanecer y Dios mediante no faltaré á la palabra, contestó el otro.

—Sois un Moncada y á mi solo me toca obedeceros.

—Lo único que sentiría de esta empresa, que tú y yo hemos acometido, sería que se frustrase tu objeto. La conquista de un feudo hecha sobre los enemigos de nuestra religion no es mucho aliciente para el señor de cien pueblos; empero la noble ambicion tuya de rescatar á tu prima Francisca del poder de Al-menon, es un voto santo y grato para tu corazon.

—Es verdad, tio Bernardo. La temeridad de mi pasion os ha obligado á servirme de guia para llegar hasta la corte de ese príncipe musulman, el cual, segun dicen, tiene encerradas en su serrallo un sin número de doncellas cristianas.

—Es preciso, Antonio, que seas prudente con el Régulo; pues solo con astucia podremos alcanzar lo que deseamos.

—Y el renegado, que debíamos encontrar al pié de la sierra, no parece: sin duda os habrá engañado.

—Jaime se ha hecho musulman por mi mandato y antes daria la vida que faltar á mis órdenes, dijo el anciano en voz tan baja que apenas le oyó su compañero.

—Mi prima estará alli, entregada á la brutalidad de ese viejo infiel, cuya sola idea es la depravacion.

—Es de nuestra sangre, sobrino; y pura ó deshonrada es un deber salvarla.

—Y yo que debia ser su esposo!

—Dios ha querido sufrieses esa pena, y sus arcanos son incomprensibles, aunque llevan un sagrado fin.

—¡La mas hermosa jóven que tenia la corte de Ramon Berenguer!... suspiró el mancebo.

—Mas grande será el motivo de su cautiverio.

—En efecto; la prision de Francisca lleva en sí cierto misterio que nadie ha podido penetrar. Robar una jóven dentro los muros de Barcelona, y conducirla á Ciurana por medio de las huestes cristianas, sin ser vista, sin saberse su desaparicion hasta que estaba en estos montes, es cosa de magia si el diablo anda en ello: pues no creo permita Dios tal esceso....

—Como no sea para gloria de su santa grey, añadió el anciano.

—¿Cuánto falta para llegar al castillo de Al-menon? preguntó entonces el jóven.

—Todavía no es la media noche; y la Peña Morada dista seis millas de la sierra. La mala senda que seguimos hará que perdamos la mitad del tiempo.

—Y ese renegado, que tanto tarda, acabará de estraviarnos.

—¡Silencio! gritó Bernardo. Hace un buen rato que diviso á través de la selva una sombra que no nos deja.

—El será sin duda. Creo haber escuchado el silbido que debe servirnos de señal.

—Antonio; harías bien en calmar tu impaciencia y en hacer justicia al desgraciado Jaime.

—Es un apóstata, tio, y un bastardo.

—La sangre que corre por sus venas es mas ilustre que la tuya, y quizás le espera una corona.

—¡Un rey! balbuceó sorprendido el caballero.

—La corona de que se trata no es de oro, pero es mas gloriosa.

—Haré tanta justicia como querais á ese nuevo moro si me devuelve á la bella Francisca. Entonces le estaré agradecido y aun podré perdonar un delito que solo Dios debe hacerlo.

—Es harto escesiva tu pasion para ser verdadera. La hija de mi hermana sin duda no estará euterada de tu amor.

—Faltaba poco para que llegásemos á ser esposos ¿y dudais de ello?

—La muger, Antonio, es una criatura imperfecta, aun mas que el hombre, y es muy comun el olvido en su corazon.

—¡Bah! tio Bernardo os chanceais; y aun cuando vuestra sentencia filosófica fuese cierta, no ha lugar en aplicarla á mi prima.

—¿Quién lo asegura?

—Cómo puede una cristiana amar á un infiel?

—¿Y si el infiel se convirtiese por el amor de la cristiana?

—¿A dónde vais á parar, Bernardo? dijo el jóven encolerizado.

—Te prevengo para un lance que puede suceder.

—Si Francisca fuese capaz de semejante afecto la despreciaria tanto como ahora la amo. Empero dejemos este asunto para cuando ella misma lo diga, y solo entonces daré crédito á ese milagro de la conversion de un moro de serrallo por el cariño de una esclava cristiana.

—Antonio; dijo el anciano cuyo caballo permanecia parado sin querer adelantar, he perdido la senda y la oscuridad no me deja distinguir bien el abismo que ha visto el corcel.

—¿Toco el silbato? preguntó el jóven.

—Aguarda un poco. La sombra que caminaba á nuestro lado se acerca y no dudo será el guia que necesitamos.

El astro de la noche asomó su disco iluminado por entre la niebla, y los dos caballeros se encontraron en la cumbre de la sierra de Al-forja. El caballo de Bernardo se habia plantado ante un precipicio, y entonces un musulman cuya sombra habian percibido los viageros, agarró por la rienda al corcel, y lo sacó de aquel mal paso. Luego que estuvieron á la orilla del camino el moro desapareció haciendo la señal de la cruz.

—Tio, dijo al cabo de un rato el jóven, he notado que el mahometano se ha persignado: sin duda es algun catecúmeno.

—Sobrino, alzó la voz el viejo; la luz de la luna deja entrever las torres de Al-boli y por lo mismo te recomiendo por última vez la prudencia. Cuando hayamos doblado aquella peña negra de la izquierda veremos á Ciurana.

—Gracias á Dios, repuso al instante Antonio.

El mas completo silencio medió entonces entre los dos caballeros; y los muros de Al-boli que dejaron á la derecha, correspondieron á su mudo tránsito con su taciturna soledad. La senda era ya mas practicable y el crepúsculo de la mañana esparcia un poco de claridad por aquellos valles. La niebla no alcanzaba á los picos de la sierra y parecia un lago de espuma en el fondo. Los viageros pasaron la peña

negra y al llegar á la fuente de los Rosales quedaron sorprendidos por una luz muy viva que salía de la cueva vecina.

—El mago estará augurando; dijo Bernardo á su sobrino.

—¿Qué mago? preguntó aquel.

—En la caverna tiene su habitacion un personaje fantástico cuyo nombre y edad todos ignoran. Ningun musulman se atreve á insultarle por supersticion de que creen es uno de los creyentes que Mahoma ha dejado vivos en la tierra con el objeto de que vaticinen el orden de las cosas. Pocos son los bien recibidos; y cuando llega un importuno apaga la luz y deja á oscuras la cueva cuya profundidad solo él conoce.

—¿Y vos tío habeis estado dentro de la caverna? ¿Habeis visto al hechicero?

—Una sola vez, Antonio, y hoy será la segunda.

—Cómo ¡vamos á entrar en el antro?

—Si deja arder la hoguera, será señal de que le esgrata nuestra visita; de otra manera sería una temeridad penetrar sin su beneplácito dentro de una madriguera de la cual es el único señor.

—¿Sabe nuestra venida?

—No se lo he dicho; pero la adivinará.

El ramaje que cubria la entrada de la cueva fué apartado por la mano de Bernardo, y penetró en el antro guiado por el resplandor que salía de aquella inmensa caverna. Antonio siguió á su tío movido de curiosidad y de pismo; al lado de una pirámide de tea encendida estaba calentándose un viejo israelita cuyo trage podia acordarse del tiempo de David.

—¿A qué debo la visita del muy noble Bernardo de Moncada?... dijo con voz sepulcral y sin moverse de su asiento de piedra.

—Benjamin, contestó el anciano caballero, sabias ó has adivinado mi venida?

—La ignoraba, y solo te he conocido cuando mi débil vista ha distinguido tu sombra en la gruta. Empero si no sabia que venias á verme, sé el objeto de tu viaje nocturno.

—Para que te crea es preciso que mis oídos escuchen la confesion de tu boca; solo así podré sospechar el milagro.

—Bernardo de Moncada, repuso el viejo judío alzándose de la peña, el mártir de tu religion ha recibido su corona, y cuando salga el sol le verás colgando de las almenas de Ciurana. Por lo demas se ha logrado el objeto de tu ambicion. El Régulo de Prades se ha convertido á la fé del crucificado, y tu sobrina Francisca será hoy su esposa.

—Mientes, perro, exclamó con ira el jóven, y mal lo hubiese pasado el profeta á no haberle contenido su tío.

—¡Antonio! dijo el anciano cogiéndole por el brazo; ¡de rodillas! Jaime, el ángel de nuestra familia ha subido al cielo.

—Esta noche, continuó el nigromántico sin hacer caso de sus oyentes, ha sido bautizado Al-menon, y hace cosa de una hora que se llama Francisco; cuando llegueis á Prades el nuevo cristiano todavía no habrá recibido la fé del himeneo.

—¡Partamos! gritó con viveza el jóven.

—Niño, dijo el mago, la muger es un espejo y no una mágen; el ángel que ha convertido al moro será amado, y de tu olvido hoy mismo pasarás á otra pasion que hará seas traidor, perjuro y renegado.

El israelita al pronunciar estas últimas palabras con acen-

to ronco y fúnebre, extendió su brazo sobre la hoguera, la cual se apagó instantáneamente, y quedaron los viajeros sumergidos en la mas completa oscuridad. Una mano seca y huesosa agarró la de Antonio, y le acompañó hasta el agujero de la cueva; el jóven sintió en la suya la impresion de un hierro candente, y á la luz de la aurora que principiaba á blanquear, observó una mancha negra en su palma.

II.

—La felicidad, paloma mia, consiste en el amor. Para ser digno del tuyo he abandonado la creencia de mis padres, y he adoptado tu religion que solo permite amar á una muger. Hoy serás mia; el juramento solemne que exige el himeneo entre los cristianos es el voto de mi corazon.

—Te lo agradezco, Francisco, y bendigo á la Providencia que me condujo hasta la esclavitud para salvarte.

—¿Y para amarme, no es verdad, gacela?

—Esta palabra no puede salir de mis labios hasta que seas mi esposo.

—Francisca mia, hourí del verdadero paraíso; es tan grande mi dicha que me siento inspirado de ese fuego divino del que tanto me has hablado. Cuando pienso en que dentro de una hora ese venerable sacerdote habrá unido nuestras manos estoy por volverme loco. Dime, hermosa, ¿allá en tu tierra saben amar como yo?

—¡Ah!

—¿Suspiras, Francisca mia? ¿Acaso dejaste en Barcelona otro amor?

—En la corte de Berenguer estaba prometida á otro.

—¡Alá es justo!

—Empero no le amaba. Mi deber únicamente me hubiese obligado á aceptarle por esposo.

—Es verdad: otras veces me lo has confesado, y tú eres demasiado hermosa para engañarme.

—Es cierto. Sin el beneplácito de mi tío Bernardo jamás sería tuya.

—¿Te lo ha concedido?

—Sí, consiente en lo que él llama sacrificio.

—¿Y tú, sultana mia, cómo lo llamas?

—Ahora no encuentro palabra para espresarle: después será amor.

—¡Oh, la mas bella de las criaturas! ¿qué soy yo para merecer esa felicidad que pueden envidiarme en el cielo? ¿Para qué sirve la esperanza de esa otra vida que me has prometido, si en ti sola se encierra toda una inmensidad de deleite?

—Francisco, los afectos mundanos no son duraderos, y el amor cesa con la edad, si antes no acaban con él los desengaños.

—¡Oh! no es así. ¿Quién pudo proferir esa blasfemia?

—Uno de los mayores santos de la cristiandad; el primero de sus doctores.

—Paloma mia, aquel hombre no amó sin duda.

Acercábase la hora del medio día y la poblacion sarracena de Prades, murmuraba por las calles la conversion de su caudillo. Unos la atribuian á los hechizos de su esclava favorita y otros á la rebelion del hijo contra su padre Al-rey de Lérida. Este monarca, enemigo encarnizado de los

cristianos habia sabido por vagas voces la apostasia de Al-menon, y lleno de cólera acababa de llegar á las puertas de Prades. Los moros acogieron en silencio al padre de su señor y le dejaron entrar presintiendo una catastrofe inevitable. El gobierno del hijo de Ali habia sido benigno en las montañas y los mahometanos sus súbditos le amaban.

En aquel mismo instante llegaban tambien al castillo los dos caballeros barceloneses, y un poco antes que el rey de Lérida penetraron en las habitaciones del Régulo. Este y su novia de rodillas ante un ministro cristiano iban á recibir la bendicion nupcial, cuando las pisadas de Bernardo y de su sobrino interrumpieron la ceremonia. La jóven corrió á los brazos de Moncada diciéndole en voz baja:

—¡Ay tío mio! ¿Es verdad que aprobais este enlace?

—Si, hija mia, lo apruebo, dijo el anciano dándola un beso en la frente, y conmigo el conde de Barcelona, tu protector. El Señor desde lo alto acepta ese voto que le aumenta el número de los elegidos. Vuelve á postrarte Francisca y que se concluya la ceremonia.

Antonio, sin ser visto de su prima, permanecia mudo y sombrío en el dintel de la puerta, y lleno su corazon de amargura vió consumarse el sacrificio. Apenas oyó la voz de la desposada cuando ébrio de despecho salió de la estancia corriendo por los jardines del castillo, hasta que reflexionando un momento sobre su situacion dolorosa, exclamó con ira:

—¿Quién me vengará de esa infiel?

—Yo. Contestó un acento dulcísimo; y Antonio vió sentada entre rosales á una mora blanca y rubia como un ángel. Era un verdadero serafín del desierto á quien el clima habia cambiado el matiz sin quitarle el tipo árabe.

—¿Quién sois, niña, para vengarme? ¿Creeis que entre los cristianos se cambia de amor, como una musulmana de vestidos?

—Soy Fátima, la hija de Ali y hermana de Al-menon. contestó con orgullo la mora.

—¿Y cómo me vengareis?

—Con mi cariño.

—Ya os he dicho, señora, que soy cristiano y mi fé no vacilará como muda el afecto de la muger, replicó con rabia el caballero.

—¡Ay! nunca he amado, dijo con tristeza la jóven musulmana.

—¿No habeis amado? ¿Qué haciais pues aqui en medio de esos hombres ávidos de placer y de brutalidad?

La bella mora pareció no comprender aquel sarcasmo y bajó la vista ante la mirada feroz del caballero.

—¡Ah! balbuceó ella á media voz, yo te hablo palabras de eariño, nazareno, y tú me contestas con espresiones crueles.

—Niña, te figuras que vamos á representar otra escena de escándalo y vas equivocada. Señora, si vuestro hermano se ha convertido á otra religion para poseer á una dama, no estoy tan loco para imitarle.

—¿Cómo podrás vengarte? preguntó la mora.

—Me basta mi brazo.

—Yo te hubiese amado si tu corazon fuese sensible á la ternura.

—Muger, te aborrezco porque perteneces á ese sexo inconstante; te odio por tus creencias y te desprecio ya que eres capaz de amarme.

El rey de Lérida entró en la capilla al concluirse la ceremonia.

—¿Qué significa esa farsa? preguntó con altanería.

La recién desposada se refugió al lado de su tío. El nuevo cristiano dijo entonces:

—Significa que Al-menon se llama Francisco y que esa jóven es mi esposa.

—¿Has renegado ya?

—He abandonado por la fé á esa secta falsa, y he abrazado la religion del que murió en una cruz para salvacion del género humano.

—Hijo traidor, exclamó Ali, no gozarás impunemente de tu apostasia. Alá ha permitido tus crímenes para que los castigase.

—No te atreverás, contestó el jóven.

—El Profeta me asista como juro hoy mismo cortarte la cabeza si no vuelves á la fé de tus antepasados y si desobedece mis órdenes.

—En lo que no se oponga á mis deberes como á cristiano te obedeceré como hijo y vasallo, en lo demas Dios es antes que tú.

—¡Rebelde! Los subterráneos de la torre que han desocupado los nazarenos, se abrirán para tí y para tus apóstoles.

—Rey de Lérida, prorumpió el hijo, ese anciano caballero ha venido aqui bajo un salvo conducto que le he ofrecido como á Régulo de la montaña, y debes dejarle en libertad; en cuanto á mi esposa....

La jóven Francisca alzando su rostro bañado en lágrimas, dirigió una mirada indefinible al confesor cristiano y dijo con dulce acento:

—¡Oh, Francisco, te amo!

—Esposa de mi corazon, exclamó él, soy el mas feliz de los mortales y ahora ya no temo á la muerte pues que toda via nos veremos mas allá del sepulcro.

—Estamos conformes, dijo el rey y no os quejareis de mí. En cuanto á ese embajador y cuantos nazarenos caigan en mis manos, seguirán el camino de ese cielo que predica ese otro embustero, al cual reservo mayor castigo. Ya me he enterado de toda esa farsa y en el castillo de Ciurana, en donde creí encontrarte ayer, he mandado ahorcar á un miserable espía que se habia convertido con objeto de engañar mejor. ¡Pues ha confesado antes de morir que por Jesus hacia tales cosas!

—¡Un mártir! murmuró el sacerdote.

—¡Un santo en el cielo! dijo Bernardo de Moncada á los esposos. El velará por vosotros.

El monarca de Lérida cumplió su fatal promesa. Su hijo fué encerrado en los subterráneos del castillo y aquella misma noche sufrió el martirio con valor y santidad. Los demas pasaron la noche rogando por el alma de aquel nuevo cristiano y consolándose unos á otros. Bernardo animaba á Francisca y esta pedia al sacerdote el perdon supremo.

En el fondo del calabozo solo y taciturno el jóven Moncada no participaba de la tristeza de los compañeros. Recostado contra el muro contemplaba aquel cuadro de dolor y su corazon lleno de hiel, se regocijaba al ver la crueldad del rey de Lérida. Al presenciar la muerte de Al-menon espresó una sonrisa rencorosa; empero su pecho no se abrió.

á la esperanza, porque la hermosa Francisca proclamando su amor durante el suplicio de su esposo, puso entre los dos primos la copa de la desesperacion. Estaba seguro de morir, pero la rabia de su amor propio herido se cebaba en la venganza y de tanto despecho tenia miedo. Cuando el verdugo hubo desempeñado su sangriento deber con el infeliz sacerdote y dejó el cadáver en aquella estancia, Bernardo notó la mirada de satisfaccion de su sobrino que le dió á comprender su sufrimiento.

—Antonio, le dijo con severidad el anciano, tu alma ha caído en la tentacion del mal espíritu y solo respira rencor. En esta noche de martirio todo debe olvidarse y solo hemos de pensar en morir bien.

—Bernardo de Moncada, respondió el jóven con desdenosa sonrisa, vuestra ambicion envió á Francisca para convertir moros y á Jaime para ser ahorcado; en vez de un nuevo feudo habreis alcanzado algunos cadáveres.

—Juro á Dios y en alta voz lo repito, que solo mi celo por la religion de Jesucristo me ha inspirado el plan de conquistar estas sierras.

—Habeis quedado airoso.

—El Señor me lo tendrá en cuenta á su tiempo.

—¿Y quién me la dará de vuestra perfidia en conducirme hasta este castillo para sufrir tanto ultraje y para morir como un perro?

—Antonio, Antonio, exclamó Bernardo, me figuré que como tu prima, serias cristiano antes que amante y no te creí tan apasionado. Sospecho que tu egoismo se ha rebelado contra tu buen corazon; y por fin, si te he ofendido, si te he engañado, perdon imploro de tí.

—Bernardo, contestó el jóven, el miedo á la muerte os convierte en un insensato.

—De rodillas te lo pido.

—Alzáos, señor Moncada; el mundo, si os viese, se reiría de tanta humildad.

Esta farsa ha tomado un aspecto demasiado sangriento.

—Francisca, dijo el anciano llamando á la jóven viuda, ven, sobrina mia, y procura apartar á ese desdichado del mal camino. Acaso tus palabras serán mas eficaces que las mías.

La jóven se presentó entonces á la vista de su primo como la Magdalena á los pies de Jesucristo, pálida y hermosa como el verdadero dolor de la fé. Otro que no hubiese sido Antonio hubiera comprendido la sublimidad de aquel rostro sin lágrimas; mas el caballero, acordándose tan solo de la causa de su amargura, repuso con acento burlon:

—Señora princesa de Prades, os saludo.

—¡Blasfemia! gritó el anciano, así lo hicieron los judíos con el Salvador y tú tratas de remedarlos.

—¿Que hablais de Jesus? equivocais las fechas. La señora ha leído la historia de Debora; ella representa el papel de Jaël y yo el de Sisara.

—Basta ya de insultos, Antonio de Moncada, exclamó el anciano con solemnidad, en esta hora postrera te manda el Señor que perdones las ofensas....

—¿Quién os inspira semejante insinuacion?

—Sobrino, es la última vez que te doy este titulo de sangre.

—Gracias: el verdugo cuidará de no dejaros tan espedita la garganta para que pronuncieis una sola palabra.

—Dios lo sabe.

—Seria curioso oír hablar á un difunto. Si así sucediese entre vos y yo me alegraré seais vos el que hable.

La puerta del subterráneo se abrió en aquel instante y entró el sayon para llevarse las víctimas. Aquella vez el rey de Lérida queria complacer al populacho ofreciendo á sus ojos el suplicio de la hechicera y del viejo Moncada. Antonio quedó solo, y quizás hubiese entrado el remordimiento en aquella conciencia á no impedirlo la presencia de la hermosa hija de Ali.

—Nazareno, dijo al jóven dándole una palmada, no me he olvidado de tí. Cuando yo amo, es para siempre.

—Niña, déjame en paz. Los diálogos de amor mal se avienen en el borde de la tumba con la agonía.

—De una palabra tuya depende cambiar ese encierro por una estancia de oro y de alfombras. Tu vida está en mis manos.

—¿Mi vida? ¿para qué quiero la vida? balbuceó el caballero.

—Si prefieres morir....

—Escucha, niña.

—Si no prometes amarme, no quiero oírte.

—¡Desdichada! prorumpió con amargura el caballero, ¿si amo todavía á Francisca, como podré amarte?

—Es que tu prima ya no existe. Yo he sido la que he engañado á tu tío Bernardo haciéndole creer que por tí abrazaría la religion del Crucificado: así lo prometí á mi hermano. Despues supe que Francisca te amaba y para vengarme de los que tendieron un lazo á mi inesperienza, di aviso de la trama á mi padre.

—Eres mas cruel que yo.

—¿Lo soy contigo, nazareno, cuando no me contento con salvarte la vida, sino que todavía te concedo mi amor?

—Sarracena, entendámonos. ¿Es mi cariño el que buscas ó tu venganza?

—Estoy satisfecha con la muerte de mi rival.

—¿Y ahora?

—Ahora tienes que ser mio ó del verdugo.

—Alternativa fatal.

—¿Tan poco atractiva soy á tus ojos para merecer esa indiferencia?

—Preferiria amarte cuando estuviese libre.

—Oh, no, no, entonces abandonarías á la pobre Fátima.

—¿Y si te abandono despues?

—Serás mi esposo y no temo que me dejes ya.

—¡Cómo! dijo Antonio sospechando el pensamiento de la mora.

—Renegarás....

—Eso, nunca.

—Bien, el sayon arreglará contigo la cuenta del rey.

—¿No hay otro medio para lograr tu compasion?

—Nazareno, quiero tu amor.

—Te amaré.

—Abjurarás tu creencia....

—Abjuraré.

III.

Han pasado cuatro años.—El duque de Lorena, Raimundo de Tolosa y Tancredo acaban de conquistar la ciudad Santa al frente de un puñado de fieles. El feroz Boemundo reina en Antioquia.

Después de muchas victorias que ha alcanzado contra los turcos ha llegado el día de su cumpleaños y trata de obsequiar en un espléndido banquete á sus barones y caballeros.

Era un día del otoño triste y nebuloso, la hermosa campiña de la Siria estaba sin flores, ni hojas; soplaban el frío ambiente del Cáucaso, mientras que los cruzados se entregaban á todos los excesos de una orgía en el antiguo palacio de los Seleucidas. Allí desplegaba Boemundo el lujo esquisito de los orientales; las mesas eran de cedro, las alfombras de púrpura y los vasos de oro. Un sinnúmero de esclavas circasianas bailaban al derredor de los bacantes; otras mas lindas servían á los convidados, y otras mas bellas todavia alternaban con los cristianos. Uno tan solo entre ellos no tomaba parte en aquellos excesos, y parecia insensible á la voluptuosidad refinada de las asiáticas. Era un jóven de poca edad, pero sus cabellos blanqueaban: tenia una ancha cicatriz en la frente y la palidez de su rostro era livida. Vestia un traje de peregrino y llevaba en su pecho la cruz blanca. Algunos caballeros habian observado la templanza de aquel personaje extraño, empero no hicieron caso de tanta escentricidad mientras duraron los vapores de Chipre y los deleites de Georgia. Cuando el cansancio dió lugar al hastio varios de los barones se acercaron al jóven y le manifestaron suma estrañeza al reparar su aislamiento entre tantos placeres.

—Un voto sagrado, dijo el extranjero con modestia, me priva tomar parte en las fiestas, banquetes y bailes. El príncipe Boemundo me ha honrado convidándome hoy, mas estoy privado de comer carne y me está prohibido beber licor alguno.

—¿Y no habeis redimido vuestro voto? preguntó uno de los curiosos.

—Solo se concluye el plazo cuando haya muerto, respondió con dulce tristeza el jóven.

—¿Sois vos el que abrió las puertas de esta ciudad á los cruzados? interrogó á su vez Baldovino de Lorena.

—Dios tan solo pudo hacerlo, yo fui su mano.

—¿Quién sois pues? gritaron todos.

—Antes del pecado me llamaba Antonio de Moncada.

—¡Moncada! interrumpió Luis de Luna, ¿fuisteis el sobrino de aquel desgraciado Bernardo que con su sobrina fué martirizado en Prades?

—El mismo.

—¿Y es cierto que aquella noble dama convirtió al Régulo de Ciurana el cual en su presencia fué degollado?

—Es cierto.

—¿Y renegasteis por el amor de la hija de Ali, hermana del mártir?

—Renegué, porque Dios castigó mi venganza.

—Referidnos vuestra historia, dijeron muchos de los circunstantes.

—Victima de la desesperacion, principió el peregrino, y seducido por las caricias de la hija de Ali, presencié el martirio de un sacerdote, de mi tío, de Francisca, y de su esposo, con la satisfaccion de un condenado; tuve miedo á la muerte y renegué; me tentó la lujuria, y cuando creí ser amado de Fátima, cuando estuve ya en poder del mal espíritu, aquella niña se burló de mí y me despreció. Me encontré fuera de la grey cristiana sin ser admitido entre los moros; renegado sin objeto fui otra vez encerrado en los

subterráneos de Prades. Todas las noches se me presentaba la sarracena, y con sus provocaciones lúbricas atormentaba la sed de mi sensualidad, despidiéndose cada vez con ese sarcasmo horrible.—Ya ves que pienso en ti.—Solo en medio de tantos cadáveres, torturado diariamente por aquella hiena, iba cediendo poco á poco á la idea del suicidio, y únicamente la gran misericordia del Señor pudo salvarme. Una noche, era el 46 de noviembre, fatigado por las emociones que en mi pecho despertaba la musulmana, me rendí al sueño. Cuanto tiempo estuve aletargado no lo podré recordar; pero es lo cierto que pensé oír una voz que me llamaba y abrí los ojos. El subterráneo estaba iluminado perfectamente; hasta se distinguían los colores en los objetos mas lejanos. Sin cuidarme de averiguar la procedencia de la luz registré los ángulos de la estancia, forcejeé las puertas y no supe de donde podia haber salido la voz; al cabo de un gran rato oí pronunciar clara y distintamente mi nombre.—¡Antonio!—Los cabellos se erizaron y tuve que apoyarme contra el muro para no caer al suelo. La mazmorra estaba abandonada, y aquella voz debía precisamente salir de uno de los cadáveres. Conté las pulsaciones del corazon para distraerme y no tardó en oírse otra vez mi nombre.—¡Antonio!—El acento era lúgubre y el eco repetía sordamente—¡Antonio!—Una fuerza invencible, una fascinacion sobrenatural, me arrastró hasta los cadáveres. Entonces no habia lugar á la duda. Al escuchar mi nombre—¡Antonio!—ví desplegarse los lábios del cadáver de mi tío Bernardo; luego cada vez que el eco repitió—¡Antonio!—se entreabrieron los lábios de mi difunta prima, y de los demas allí amontonados. Lo que debia acobardar á cualquier otro mortal, á mí me inspiró valor, una osadia incomprendible; puse la mano sobre la de mi tío, y pregunté temerariamente:

—¿Sois vos, tío, quien me llamais?

—Soy yo, sobrino, respondió el difunto.

—¿Qué quereis de mí? repuse horrorizado.

—Dios permite un milagro para que no te condenes, volvió á responder el muerto.

—¿Habrá perdon para mí? repliqué algo mas animado.

—Sí, dijo el cadáver.

—¿Cuál ha de ser mi penitencia? pregunté arrodillándome; ¿cuándo mi perdon?

—El Señor te lo dará cuando te postres ante su sepulcro, respondió el difunto.

—¡Señor, tened piedad de este gran pecador! sollocé entre lágrimas.

—Antonio, estás libre ya del mal espíritu, pronunció el cadáver del sacerdote.

—Sobrino, acuérdate de este día, y de esta hora: haz penitencia.

—Primo, da gracias al Altísimo por su misericordia.

Las palabras de mi tío y de Francisca las oí muy débiles; escuché mi nombre todavia dos ó tres veces, y luego el subterráneo quedó sumergido en completo silencio. Besé los restos mortales de aquellos mártires, y de la mano de mi tío recogí un pergamino escrito con sangre, que ví estaba dirigido á la muy noble señora doña Felicia, reina de Aragon. El resplandor fué disminuyendo insensiblemente, y por último la oscuridad fué tambien completa.

Lo que pasó entonces en mi interior Dios lo sabe; solo puedo decir que cesó mi desesperacion, sentí renacer la fé



y me resolví á sufrir el martirio siguiendo el ejemplo de mis compañeros. Ni un solo instante dudé del milagro; para que fuese mas sorprendente, la puerta del subterráneo se abrió en aquel momento, y comprendiendo en aquel acto la voluntad divina, salí fuera de la estancia, y sin saber camino ni vereda dirigí mis pasos al acaso.

El 46 de noviembre de 1095 estaba viajando por Francia hácia Roma; la debilidad estremada que sentía no me dejaba apresurar los pasos á medida de mi entusiasmo. Rendido de fatiga al pié de un árbol y á las orillas del Ródano, me entregué al sueño. Entonces se me apareció la escena del subterráneo de Prades, pero vi alzarse del suelo á mi tío; el cual cogiéndome por la mano me dijo:—Antonio, estás en Roma.—Así fue: me encontré á los pies de Urbano. Algunos meses despues pude postrarme ante el sepulcro del Hombre-Dios.

Al cumplirse el aniversario de la muerte de mi tío, se me apareció lleno de gloria y me dijo:—Antonio, estás perdonado. Levántate y sal de Jerusalem, á las puertas de Sidonia encontrarás al sultan Malek-Schah: preséntate á él como renegado y te colmará de beneficios. Esta es la voluntad del Señor: en efecto, el penitente pasó á ser musulman y el favorito del califa. Así trascurrió un año; Bernardo volvió á aparecerse en mi palacio de Nicea y me dictó las órdenes del Señor. Seguí al lado de Malek-Schah. Cuando los cruzados atravesaron el Bósforo conocí el objeto de mi misión y abrí las puertas de Edesa á Baldovino.

—¡Milagro! exclamó el principe de Lorena; es cierto que un renegado me ofreció la entrada de aquella fortaleza, de la que me apoderé con solos cien caballeros, ahora recuerdo bien las facciones del renegado.

—Yo era, dijo el peregrino.

—Enseñadme vuestra mano derecha, repuso Baldovino.

—Aquí está, la mancha negra ha sido reemplazada por otra roja.

—Sois el que me hizo dueño de Edesa: en vano mandé buscaros por toda la ciudad; nadie supo darme razon del protector de los cruzados.

—Trasladado á Antioquía os hubiese entregado sus muros inmediatamente que llegásteis; empero el Señor, irritado por vuestros escesos, os castigó cruelmente enviándoos el hambre y la peste. Al fin las oraciones que hicisteis calmaron la cólera divina, y os abrí las puertas de la ciudad.

—¡Boemundo! ¡Boemundo! exclamaron todos.

—¡Qué veo! gritó el principe ¡el renegado!

—Si, repuso Moncada, ahora os acordais de mí y no pensais en el prodigio que Dios hizo por mi mano.

—¿Cómo no? te he mandado buscar por todas partes á fin de recompensar tu favor, y como mas vale tarde que nunca al fin estamos para hacer gracia y justicia.

—¡Gracia! no la necesito, dijo el peregrino: justicia solo la de Dios puede alcanzarme.

—Como soberano que soy debo premiar la traicion y castigar al traidor....

—¡Boemundo! repuso el extranjero con voz grave y solemne, tus palabras son propias de una orgia. Aunque estás privado de razon la condenacion del juez supremo llegará hasta el fondo de tus entrañas. En nombre de Dios te hablo, y como Daniel en la cena de Babilonia, profetizo. Mane, Thecel, Phares. Mane. Cansado el Señor de tus maldades ha puesto término á tus vicios y en su balanza pesa mas el pla-

tillo de la justicia que no el de la misericordia. Thecel. Mañana caerás en manos de los infieles y sufrirás en espiacion de tus crímenes. Phares. Tus riquezas serán repartidas entre tus rivales, y comerás un día el pan de la indigencia.

—¡Detente! gritó el principe poseido de cólera. Me rio de tus predicciones y de tus sermones. ¡Hola! que sea encerrado en un calabozo. Que vaya allí á buscarle la mano de Dios.

—Vendrá; contestó Moncada. Hoy mismo estaré en Aragon. Las murallas de Huesca presencian una batalla y un portento del Señor dará la victoria á los cristianos ¡ay de los que tienen ojos y no ven! ¡ay de los que no creen en los milagros!

Al otro día Boemundo cayó en una emboscada de los sarracenos y quedó prisionero.

Cuando los barones Baldovino y Tancredo fueron á visitar al peregrino en su encierro, había desaparecido.

El mismo día de los acontecimientos referidos, otros análogos sucedian á dos mil leguas de distancia.

El rey don Pedro de Aragon sitiaba á los moros de Huesca y á pesar de las traiciones y perfidias de varios nobles aragoneses había jurado morir ó entrar en aquella ciudad.

La noche estaba avanzada cuando el rey, despues de visitar las tiendas y de vigilar los centinelas, se retiró á descansar. Las fatigas de aquel día le proporcionaron un apacible sueño. Dormía muy á sabor cuando sintió que le tiraban del brazo y oyó que le llamaban; despertó sobresaltado y saltando de la cama registró la tienda real sin encontrar ser viviente en ella. Creyó que seria ilusion de los sentidos y volvió á echarse en el lecho. Al cabo de un buen rato oyó otra vez una voz que decia:—don Pedro.—Incorporóse asustado el rey y casi involuntariamente preguntó.—¿Quien me llama?—Soy Antonio de Moncada, respondió la voz, que hoy mismo he salido de Antioquía en la Siria para darte mañana la victoria.—¡Imposible! dijo el rey.—Dios todo lo puede, repuso la voz.—¡Loado sea el Señor! exclamó don Pedro; y luego prosiguió: ¿en que conoceré la mano del Altísimo para hacer público el milagro?—Mañana pelearé á tu lado sobre un caballo blanco que bajará de las nubes.—Púsose el monarca de rodillas y dijo.—Hágase la voluntad del Señor. ¿En su nombre qué me mandas?—Despues del triunfo rescatarás de manos del rey moro de Lérida, que será tu prisionero, el cuerpo de un mártir que está enterrado en la cueva del mago cerca del castillo de Ciurana. Otros dos encontrarás en los subterráneos de Prades que tambien recogerás como á santas reliquias. El primero es de sangre real, el que fué en vida Al-menon hijo del soberano de Lérida y murió por la fé. El otro es de su esposa. Varios mártires yacen allí, empero aquellos es voluntad de Dios sean testimonio de su omnipotencia. Mandarás construir un sepulcro para sus restos: en Huesca para el mártir de Ciurana; en Prades para los demas.—¿Conquistaré aquellas montañas? preguntó el rey.—No: respondió la voz, otra gloria está para ti reservada; darás libertad al moro de Lérida en cambio de los mártires y te permitirá enterrarlos en el mismo lugar en que sufrieron la muerte. Rey de Aragon; ruega por mí al Señor.—¿Cómo, eres un mortal?—Soy un pecador cuya existencia toca á su término, debía morir hoy hace cuatro años y la misericordia del Altísimo me ha concedido esta próroga para hacer penitencia.—¿A dónde vas?

—Voy á entregar una carta póstuma á tu madre doña Felicia y despues regresaré á Prades en donde he de ser martirizado. ¡Dios sobre todo! dijo don Pedro y volvió á dormirse contra su voluntad.

La anciana reina viuda de don Sancho, estaba orando en la capilla de su palacio en San Juan de la Peña. Era ya la media noche, y la noble señora no pensaba en acostarse. Parecía que su ánsia esperaba alguna mala nueva, pues á menudo dirigia furtivas miradas á la puerta del oratorio. Al fin su camarera Leonor entró para pedirla permiso de recibir á un mensajero. Introducido en su retrete preguntó doña Felicia quién era y de parte de quién venia.

—Señora, respondió el enviado, soy Antonio de Moncada, y vengo en nombre de mi tio Bernardo para entregaros esta carta.

Abrióla la reina, y apenas hubo leído algunas palabras, dió un agudo grito y cayó desplomada.

Acudieron las doncellas, y tan solo encontraron el cadáver de doña Felicia. El mensajero habia desaparecido.

La carta que tal catástrofe habia causado, estaba abierta encima de la mesa, y decia:

«Reina de Aragon, Dios es justo. Tu hijo Jaime ha muerto por la fé; yo, su padre lo he visto colgado de las almenas de Ciurana.»

EPILOGO.

El jóven Moncada regresó aquel mismo dia á Prades, y se presentó á la vengativa Fátima, la cual irritada por la confesion del penitente le hizo martirizar aquella misma noche con una crueldad inhumana.

El sepulcro del hijo de doña Felicia fué construido al lado del de su madre en San Juan de la Peña. Allí existia en el siglo pasado. Las tumbas de Al-menon y de los Moncadas las hemos visto en las ruinas de Prades, y todavía posee aquella villa dos lápidas comprobantes del martirio de aquellos personajes.

El prodigio que hemos referido se lee en un cuadro que estuvo en la iglesia de Prades, y es lo que la historia conoce con el título de Milagro de los Moncadas.

JOAQUIN FERRANDIS.

GEOGRAFIA PINTORESCA



FRANCIA.—Port-Marly.—Monte-Cristo.—Vista del castillo gótico de Alejandro

GLORIAS DE ESPAÑA.



El comendador Requesens percibe las señales del triunfo de los españoles.

CONQUISTA DE LA ZELANDA.

Celebrábase en una de las islas que los españoles poseían al Nordeste de la Zelanda, un consejo de guerra al que asistían todos los capitanes y gefes de nombradía de los tercios españoles en los Países Bajos. Tan ardua era la cuestión que allí se ventilaba, que el comendador Requesens, desconfiando por aquella vez de su saber y experiencia, había reunido á todos sus oficiales para calcular todos los incidentes de la empresa que era forzoso acometer y en la que nada debía dejarse al acaso. Había salido ya de España y estaba para arribar á aquellas costas la armada que el rey don Felipe II enviaba, no solo para reforzar su ejército, sino para prestarle la cooperación que por mar necesitaba para proseguir la conquista; pero la armada no podía corresponder á su destino, ni á los sacrificios que su equipo había exigido, mientras que las tropas de tierra no lograsen poner el pie en la Zelanda y asegurar la posesión de un puerto al que la armada pudiese refugiarse, cuando fuese acosada

por el temporal. Requesens leyó en el consejo los reales despachos en que se le indicaba por el rey la posesión de la Zelanda como de una importancia inmensa, y semejante indicación, en boca de Felipe II, ya sabían todos lo que significaba. Dando, pues, como seguro el que la empresa había de verificarse, solo propuso Requesens que se acordasen los medios de mejor llevarla á cabo, pues se trataba nada menos que de vadear por entre las naves enemigas, un canal de cinco millas de ancho, cubierto por las olas del mar. Por esta causa hubo en el consejo quien dijo que semejante empresa no debía intentarse, pues solo era propia de hombres temerarios y desesperados que quisiesen caminar á una muerte segura.

Este dictámen, que no era realmente de cobardes, sino de prudentes, irritó algún tanto á Requesens que contestó:

—¿Y qué, haremos nosotros menos que Mondragon, que también pasó con sus tropas los vados de Finaert y logró socorrer á Tergoës?

—La empresa de Mondragon, le replicaron, no es comparable con la nuestra: allí solo tenía que luchar con el Océano, y con la constancia y disciplina de los soldados no era

difícil salvar aquel paso, solo de una milla, seguro de que no le habian de inquietar los enemigos.

—Las dificultades para los ánimos esforzados, solo deben servirles de estímulo para vencerlas, dijo el capitán Pacheco. Los obstáculos que esta empresa nos presenta, han de allanarse ante la osadía y valor de nuestras tropas. Todos los mas antiguos capitanes del ejército estamos por la expedicion.

—A bien que el que no quiera participar de las glorias de esta empresa, puede reservarse para mejor ocasion, pues solo pienso enviar pocos hombres, escogidos entre los voluntarios que se presenten. Tan en poco tengo á los enemigos, que aseguro, señores, nada me importa el que vengan á caer sobre nosotros en medio del vado, ni el que nos esperen descansados al tomar tierra. Lo único que me inquieta son las dificultades que el terreno puede ofrecer.

Entonces el capitán Francisco Marradas, gefe de los exploradores, aseguró que el canal, aunque peligroso, era vadeable, y que en todo caso él aconsejaba que la marcha se hiciese de noche, tanto para burlar la vigilancia del enemigo, como para que fuesen menos certeros sus disparos.

Esta idea pareció á todos feliz: el entusiasmo de los mas valientes se comunicó á los mas recelosos, y la expedicion quedó aprobada; pero con tal ardor, que pidieron al general gobernador la dispusiese inmediatamente, para que la tropa de la armada no llegase á arrebatarles parte de la gloria que esperaban conseguir en tal empresa.

II.

Fué en la noche del 28 de setiembre de 1575, víspera del día de San Miguel, cuando recibieron la orden de ponerse en movimiento los mil y quinientos soldados españoles, elegidos para aquella empresa memorable, los que habian de ejecutarla de concierto con la armada que mandaba Dávila. La noche estaba oscura cuando llegó la hora de la partida, y ni la luna se presentaba en el horizonte, ni tampoco las estrellas ostentaban el lleno de su claridad. El tiempo urgía y al instante se dispuso la marcha por este orden: delante los peones exploradores, luego el tercio de españoles que mandaba Juan Osorio de Ulloa, venian luego algunos flamencos y alemanes, y cerraban la marcha las compañías que mandaba el capitán Gabriel de Peralta. El pequeño escuadron, así dispuesto, marchó en el mayor silencio como cosa de un cuarto de legua, hasta llegar á la punta mas avanzada de la isla de Philipisland. Ni siquiera un grito imprudente salió de aquellos grupos de hombres que se movian silenciosos, así es que conforme se iban acercando al mar, se percibian mas distintamente sus sordos mugidos, y el empuje de las olas que venian á chocar contra la costa, produciendo estraña sensacion en aquellos pechos varoniles, semejante ruido, lúgubre y amenazador. Fuese casualidad ó descuido de los enemigos, los españoles sin ser sentidos llegaron al borde del agua: tan atrevida era aquella empresa que los enemigos no habian sospechado que los españoles fuesen, ni siquiera capaces de intentarla.

Llegada la hora del descenso de la marea era preciso bajar sin tardanza, y los guías señalaron el banco de arena por donde habia que marchar, y que tan estrecho y movido era, que no permitia caminaren mas que tres soldados de fondo. A vista de tal peligro, á vista del Océano en toda

su salvage magestad, hubo un momento de indecision: pero este momento podia perderlo todo, y los capitanes españoles Pacheco, Marradas, Peralta y los que mas habian aconsejado aquella empresa, creen de su deber lanzarse los primeros al agua, y ya con ella á la cintura, gritan é infunden ánimo á sus tropas. Juan de Osorio, siempre dueño de sí mismo á vista de los mas horribles peligros, preside el paso de las tropas, sereno y animoso en medio del mar, y vé desfilar lentamente aquel vasto cordon por medio de las aguas.

Cinco millas habia que caminar de aquella manera, amparándose unos á otros y llevando las armas encima de la cabeza cuando el agua subia hasta los hombros. Los españoles, bien unidos y sin accidente desgraciado, llevaban ya recorrida como la mitad del camino, cuando un espectáculo tan grandioso como sorprendente vino á embargar toda su atencion. Formábase en el remoto horizonte y á la parte del Norte, una banda blanquecina y como fosfórica, pero de tan viva claridad, que parecia hubiese debajo de ella una inmensa hoguera impaciente por estenderse por toda la bóveda del cielo, devorando sus tinieblas. Poco á poco aquella banda fué creciendo en forma de gigantesca aureola, tomando un color rojizo, hasta que los bordes de la materia luminosa desprendiéndose gradualmente lanzaron por la bóveda celeste luminosas zonas y prolongados rayos de un fuego rojizo desde el tono mas bajo hasta el mas encendido de la púrpura: rayos que con admirable efecto iban á debilitarse y perderse desde el seno de la vasta claridad... ¡Era una aurora boreal! ese resplandeciente espectáculo propio de las regiones del Norte y que supera en magnificencia hasta al del arco iris. Los naturales del pais, para quienes una aurora boreal no era una rareza, se ocupaban mas del peligro que corrian; pero los hijos de España, asombrados de aquella pompa sublime de la naturaleza, permanecian en cierta especie de éxtasis á vista de un meteoro de que solo habian oido hablar. Sacáronles bien pronto de su embebecimiento unos puntos negros que se descubrían en el horizonte, y que se aumentaban acercándose. Este momento fué de horrible angustia: eran las chalupas y naves holandesas que á fuerza de remo y con miras hostiles, venian á flanquear la estensa linea de los españoles.

III.

Generalmente los meteoros luminosos, esos cuyas causas se ignoran, aunque se perciben sus brillantes efectos, han sido siempre un objeto de terror para los pueblos. Su repentina aparicion ha sido para las gentes supersticiosas el indicio de crueles desgracias, hambres, pestes y guerras devastadoras. La imaginacion turbada de los españoles podia muy bien considerar aquel fenómeno de la aurora boreal como un signo funesto de desgracia en la apurada situacion en que se hallaban; pero no fué así, sino todo al contrario: creyeron los españoles que aquel meteoro les anunciaba que el cielo se declaraba en favor suyo, ó por lo menos, que si les enviaba los enemigos, tambien les daba luz para pelear con ellos. Preparáronse, pues, á sostener aquel estraño combate luchando á la vez con el mar y con los enemigos, puestos entre la tierra, el aire y el agua, y alumbrados por el fuego celestial que producía magníficos reflejos de luz en las agitadas olas. ¡Situacion la mas estra-



ña en que ha podido hallarse ejército alguno del mundo!

Apenas los enemigos estuvieron á tiro rompieron el fuego con grande estrépito y vocería, pero con poco efecto en los españoles que solo atendían á proseguir adelante acelerando su marcha cuanto podían. Quiso la fatalidad que empezase á subir la marea, y esta circunstancia, agravando la situación de los españoles, permitió que las chalupas holandesas se les acercasen. Comenzó entonces la mas obstinada é inaudita pelea que puede imaginarse, y con la que no admite comparacion la misma nocturna batalla de la calzada de Méjico. Rara vez encontraban los españoles un escaso espacio donde pudiesen fijar el pie y ofender á los enemigos: la profundidad iba siendo cada vez mayor y eran muchos los que perecían ahogados, heridos por los holandeses y arrastrados por las pértigas y garfios que desde las naves arrojaban. Cuanto mayor era el peligro, tanto mas los gefes procuraban inflamar el valor de los soldados; pero ni allí servían voces de mando, ni consejos, ni prudencia. Cada uno encomendándose á sus santos tutelares despreciaba la vida, combatiendo hasta morir en el sitio que la suerte le deparaba. El valiente Isidoro Pacheco, traspasado de un balazo, conoce que su herida es mortal, y á los soldados que pugnan por llevarle en sus hombros les dice con resolucion:

—Soldadme, amigos: el llevarme á tierra entorpecería la marcha inútilmente, pues poco me queda de vida. Quiero morir gloriosamente aquí en medio de las aguas. Una empresa como esta bien puede terminar mi carrera.

Pacheco fué el único gefe de distincion que pereció antes de llegar á tierra, y el animoso Osorio el primero que con unos veinte y cinco soldados pisó la orilla opuesta; pero allí nuevos peligros esperaban á los españoles calados de agua, transidos de frio y de fatiga. Hallábanse formados en batalla en la costa hasta dos mil hombres entre franceses, ingleses y escoceses que los Estados habian tomado á sueldo, y que esperaban sin duda aprisionar á los españoles que no quedasen sumergidos; mas cuando los vieron presentarse á sus ojos en buen orden y en ademán de acometer, cuando se convencieron del buen resultado de tan atrevida empresa, juzgaron que no habia fuerzas humanas capaces de resistir á aquellos hombres temerarios, y haciendo tan solo una inútil descarga, fueron consternados á llevar á las ciudades mas espuestas, la noticia de una hazaña tan extraordinaria.

IV.

Tan inquieto se hallaba el gobernador Requesens por el resultado de aquella empresa, que habia pasado toda la noche en una eminencia á orillas del mar, atento á todo lo que sucedía, y esperando con la mayor ansiedad la señal convenida para anunciar el triunfo de los españoles. Su desconsuelo fué grande, cuando ya bien entrada la noche vió volver sueltos, calados de agua, y en la mayor consternacion á los soldados del tercio de Peralta, que sorprendidos por la marea en lo mas hondo del canal, harto habian hecho con volver á la orilla para salvar sus vidas. Requesens, sin tener presente que aquellos soldados, por ir cerrando la marcha, se vieron espuestos á la marea, iba á reprenderlos lleno de indignacion, cuando resuenan las salvas lejanas y suben por el aire los cohetes que los españoles disparaban como señal convenida para dar aviso á la

armada. A esta señal contesta un grito espontáneo de todo el ejército y Requesens lleno de júbilo, manda que á fuerza de remo llegue la armada á la isla, y una vez que desembarcó en ella las tropas, víveres y municiones que llevaba, segura fué la conquista de la Duvelandia.

En aquellos momentos en que la intrepidez del soldado español tan asombrados tenia á los enemigos, determinóse pasar á la isla de Schowen para apoderarse de Ziric-Zeé plaza importante cuya posesion cortaba la comunicacion de Holanda con la Zelanda, y á la que podían llegar fácilmente cuantos socorros llegasen de España para el ejército. El audaz Mondragon con un buen cuerpo de tropas, atravesó el cenagoso canal de una milla de ancho que separaba las dos islas, sin que los zelandeses que esperaban en la costa, pensasen mas que en acogerse á sus fuertes, así que vieron que era bien seria la tentativa de los españoles. Los fuertes se tomaron sin dificultad, escepto el de Bommene que estaba formidablemente fortificado con foso y canal que se inundaban de agua en las mareas, pero eran vadeables cuando estas se retiraban. Los españoles aprovechando esta coyuntura y teniendo ya brecha abierta en las murallas á favor de su artillería, pasaron á dar el asalto. Fueron rechazados en el primer ataque; pero tan enfurecidos quedaron que sin esperar mas que á otra baja mar, subieron á la brecha, y despues de un reñido combate entraron en el fuerte pasando á cuchillo á todos sus defensores. Teniendo entonces por segura la toma de Ziric-Zeé, intimaron la rendicion á esta plaza; pero Arnoldo, señor de Dorp, que la defendía, contestó que estaba resuelto á sacrificarlo todo en defensa de la ciudad. Los habitantes consternados no comprendían la estraña conducta de su gobernador; pero este convocándolos á lo alto de la muralla y señalándoles, así el campamento español, como los batallones que se organizaban para dar el asalto, les hizo fijar su vista allá á lo último de la remota campiña, donde ya divisaron las aguas que venían cubriendo los prados, las cosechas y tambien las aldeas, formando un lago inmenso donde pronto iban á quedar sumergidos los españoles. Si no abandonaban el sitio. Los Estados generales por salvar á Ziric-Zeé no habian titubeado en sumergir toda la comarca, y los diques habian sido rotos con la mayor celeridad. Pero este asombroso rasgo de patriotismo, tampoco pudo salvar á la plaza. Los españoles, mandados por Mondragon, ya que no podían levantar trincheras ni aproximarse á los muros, convirtieron el sitio en bloqueo y apostándose, á pesar de la inclemencia del temporal y de lo mal sano del clima, en sitios donde cerrasen los puertos y canales é impidiesen la entrada de todo socorro, pusieron á la plaza en el mayor conflicto. En vano el mismo principe de Orange vino con algunas naves á socorrerla, entrando atrevidamente por una de las roturas de los diques. Los españoles, pasada la sorpresa, rechazaron con denuedo á los contrarios é hicieron encallar la nave capitana, con muerte de trescientos enemigos y la del almirante Luis Boissot, que por no rendirse se arrojó al mar, armado de todas armas. Rindióse entonces Ziric-Zeé de la que pendía la conquista de la Zelanda y los españoles gozaron un triunfo conseguido á tanta costa, no solo sobre los enemigos, sino sobre los obstáculos de la naturaleza que á todos, menos á ellos, habian parecido insuperables.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



LAMINA 1.ª a pequeño grifo; b perro de muestra frances; c perro perdiguero; d perro de ganado; e perro de Terranova; f sabueso; g podenco; h gosquiello.

EL PERRO DE AGUAS, MEDOR,

A LOS RESPETABLES SUSCRITORES

DEL MUSEO DE LAS FAMILIAS

SEÑORES: tomo la palabra en nombre de mis hermanos para daros las gracias, y para ilustrar vuestra religion sobre ciertos puntos comunes á la raza humana y á la canina. Mis compañeros han oido decir á sus amas *que solo les faltaba el uso de la palabra*, (á los perros se supone) y conven-

idosde esta verdad, han comenzado á ladrar como desesperados *in aliquem latrare canina verba*: (MARC.) mas como no saben escribir, han tomado el partido de presentar en este relato, de que no soy mas que simple redactor, nosus firmas, sino sus retratos, que tendré el honor de explicaros.

Tal vez os maravillareis, señores, de que un perro de aguas como yo, se haya atrevido á echar mano á la pluma; espero cese vuestro asombro cuando sepais que he nacido en la tienda de un librero, sobre las resmas de una obra filosófico-política que no ha llegado á encuadernarse nunca.

De allí pasé al despacho de un editor de periódicos, que comenzó mi educación haciéndome saltar por el rey, por la reina, por las cortes, á la izquierda, á la derecha, y en fin, por todo el mundo, segun los tiempos y las circunstancias. Mi educacion literaria estuvo á cargo de un poeta satírico,

que me enseñó á ladrar contra los ricos y los poderosos para causarles miedo y á morder á sus hermanos andrajosos para deshacernos de ellos, lo cual ni uno ni otro produjo resultado alguno. Desde allí fui á vivir en casa de un literato, que me alimentó con sus obras, y he aquí por qué soy escri-



LAMINA 2.a a el perro lobo; b el perro de la Oceania; c el perro de la Nueva Holanda; d el galgo; e la galga; f el pachon de Bengala; g el perro dogo.

tor y estoy flaco. Por último, ahora me encuentro en casa de un sábio, y si el pobre hombre no me ha enseñado nada, os juro que no es por culpa suya, porque toda su ciencia, segun dice, se reduce á haber aprendido que *no sabe nada*. Para llegar á este punto, añade que le han sido necesarios cuarenta años de un estudio muy profundo, cuando los ig-

norantes obtienen el mismo resultado de un golpe sin saberlo, y sobre todo, sin creerlo.

Fácilmente reconocereis la veracidad de mi historia, no en mi cuello pelado como el del perro de La Fontaine, sino en mi estílo un poco indigesto, y en lo descarnado de mi lomo. ¡De perro de aguas llegar á ser autor! Eso hubiera sido

una ambicion desmesurada en otro tiempo; pero desde que se necesita emborronar miles de resmas de papel cada año para sostener la industriosa prensa, es decir, industrial, tantas bestias han abrazado la profesion de escribir, que una mas ó menos importa bien poco. Por otra parte, confio señores en que os dignareis perdonarme á mi, y á la gente canina, en obsequio del motivo, un poco de esa devoradora ambicion que con tanta frecuencia habeis observado, y aun pudiera decir tolerado, en una multitud de perros aduladores que habeis debido encontrar por todas partes, desde la antesala del ministro hasta el desvan del folletista. Me conceptuaria sumamente feliz, si usando de la misma indulgencia con mi pobre especie, desmintiéseis el inmoral proverbio que dice: «que los mejores huesos son para los peores perros.»

Es cierto que pueden formularse algunas acusaciones contra la raza canina, especialmente en cuanto á glotoneria, y que nosotros, los perros de cuatro patas, devoramos casi una *décima sétima* parte de las sustancias alimenticias de España, la cual equivale al alimento de cerca de un millon de españoles. Pero ¿qué es esto en comparacion de lo que devoran otros varios animales mas inútiles que nosotros, como por ejemplo, los que viven del robo, de la usura, etc., con toda comodidad y regalo?....

Tambien es cierto, y en vano trataríamos de disimularlo, que en el mundo, tal como en el día se encuentra, los perros han llegado á ser un poco numerosos, y que se hallan por todas partes, y que todo lo olfatean, si pueden, para provecho suyo y no en el vuestro. Es preciso consolarse, porque lo mismo ha sucedido siempre. Los egipcios adoraban como dios al perro Anubis; los griegos habian colocado perros en todas partes; en el cielo con las constelaciones, en las puertas del infierno, etc. En la corte de Francia se vió á unas galguitas desempeñar un papel muy lucrativo en diferentes reinados, sobre todo en el de un cardenal ministro, que no obstante tenia un gusto muy pronunciado por las gatas. Themis pronunció una sentencia notable por boca del perro de Montargis; la ciencia ha tenido sus dos Munito padre é hijo; las artes han tenido y tienen todavia sus perros saltimbanquis, saltadores y cómicos; la industria tiene su perro contrabandista; la filantropia, que ha llegado á ser un género de industria, tiene su perro de ciego; el patriotismo ha tenido su perro de las tres gloriosas; la verdadera compasion, tiene su perro del Monte San Bernardo; la humanidad, su perro de Terranova; la gastronomia, su perro que da vueltas al asador; la agronomia, su mastin; y la avaricia, su perro de presa. Al perro de aguas se le encuentra hasta en el camino de la gloria; testigo de ello es el perro del regimiento. En fin, he oido decir á algunos malvados, que el perro de caza habia tenido alguna influencia hasta en los votos de una honorifica asamblea. Lo cierto es, que el perro adulador, como ya he tenido el honor de deciros, es el que prospera por todas partes, porque tiene la columna vertebral flexible, y salta y da vueltas por todo el mundo con una agilidad sorprendente; y he aqui la especie de que convendria deshacerse, porque comprende á los parásitos mas incómodos é insaciables del género.

Nos acusan tambien de que mordemos, y no puedo negar que esto suele ocurrir algunas veces, pero hay mucha exageracion en el axioma de «perro rabioso á todo muerde.» La rabia no es tan comun en el perro como en el hom-

bre, y es mucho menos peligrosa en el animal cuadrúpedo que en el bípedo. Ademas, teneis bastante sagacidad, señores, para comprender que la palabra *rabioso* del axioma, es sinónimo de *hambriento*. Ahora bien, en la raza humana, los famélicos son mas rabiosos que nosotros: juzgad sino por vuestros criticos y folletistas, cuya ponzoñosa baba envenena cuanto toca. Y sin embargo, no los temeis, porque sabeis aplacarlos arrojándolos algun buen hueso que roer; mientras que para nosotros os contentais con confeccionar bolitas, esponiendoos á envenenar algunos niños golosos, como ya ha sucedido varias veces.

Para contestar á las calumnias que se han prodigado á mi raza, permitidme, señores, que os cite aqui un pasage de un autor que gruñe á menudo, pero que no muerde á nadie.

«El perro!... Al oir este nombre, no hay un hombre que no sienta escitarse en su mente un recuerdo agradable y tierno: el de un alegre compañero de los juegos de su infancia, de un custodio seguro y vigilante de la casa, de un auxilio indispensable para la caza, de un guía ó un explorador en un viage, de un defensor intrépido en el peligro, y algunas veces de un salvador: pero siempre de un amigo desinteresado, tan adicto como fiel, pronto siempre á compartir con igual anhelo la alegría y los pesares de su amo. El perro no tiene mas que un pensamiento, una necesidad, una pasion, y es el cariño: es preciso que ame ó que muerda. Para manifestar su amor al que le ha criado y de quien ha recibido las primeras caricias, es capaz de los sacrificios mas sublimes: los peligros, la fatiga, el hambre, las intemperies, y las privaciones de todas clases, no son nada si las sufre con él ó por él. Con sus caricias, consuela al desgraciado que sin su perro no tendria un amigo sobre la tierra: puebla y embellece la soledad de su oscura mansion: ocupa su corazon y le ayuda á atravesar una existencia miserable olvidada por los hombres: le alienta y parece amarle mas, cuanto mayor es su adversidad. En sus duros trabajos le ayuda hasta mas allá de donde alcanzan sus fuerzas: se escude tirando de un carreton, dando vueltas á la rueda de un fuelle de fragua, y manteniendo el orden en un rebaño: hace sus encargos en la poblacion, y hasta le evita la vergüenza de la mendicidad, alargando á los que pasan una escudilla de madera. Este amigo fiel, este criado adicto jamás es mas dichoso que cuando cree ser útil, cuando recibe una sonrisa para animarle, y una caricia por recompensa. Entonces es cuando despliega esa admirable inteligencia que le hace tan superior á los demas animales.

«Por defender á su amo, el perro no teme el peligro ni la fatiga: aun cuando esté seguro de sucumbir en la lucha se arroja á ella con intrepidez, ataca con furor, y no deja de combatir con todas sus fuerzas y todo su valor, hasta que concluye de existir. Se defiende contra fieras diez veces mas fuertes que él: contra los bandidos que amenazan su vida, y si con su sacrificio no ha podido librarle del puñal de los asesinos, vive para vengarle. Si esta herido, vuela por él, limpia las heridas y restaña la sangre lamiéndolas, y solo le abandona para ir á buscar socorros: le saca de las olas que iban á tragarle: le calienta con su aliento y le cubre con su cuerpo, despues de meterse voluntariamente con él en los ventisqueros. En fin, olvida completamente el instinto de su propia conservacion, para no pensar sino en la del que ama.

«El perro se complace en lo que se divierte su amo: deja sin pesar el sitio que aquel abandona, y con él pasa alegremente desde la cocina del príncipe, al mas sucio bodegon. En la casa acaricia á los ancianos y se echa á dormir á sus pies: hace fiestas á los amigos, ama á la muger, protege á los niños y juega con ellos. En una palabra, solo vive con la vida de su amo, y si la desapiada muerte se le arrebatara, se arrastra hasta su tumba y muere allí de sentimiento.»

«Tan generoso como amante, sufre con paciencia inaudita la ingratitud y los malos tratamientos, con que muchas veces suelen pagarse sus servicios y su cariño. Si le regañan se humilla, si le golpean, se queja y gime: su mirada suplicante, tan dulce, tan espresiva, pide perdon de una falta que muchas veces no ha cometido. Se arrastra á los pies de su tirano, le lame las manos, procura enternecerle y desarmar su cólera: pero jamás trata de rechazar la agresion con la agresion, ni la fuerza con la fuerza, sea cual fuere la injusticia y la barbarie de su suplicio: si está mortalmente herido, su última mirada al morir, es una mirada de perdon y de ternura....»

Tal es el perro, que como ha dicho Cuvier, es la conquista mas completa, mas extraordinaria y útil que ha hecho el hombre sobre la naturaleza salvaje. Es el mas inteligente de los cuadrúpedos, sin esceptuar al elefante; y las cosas no andarian tan mal en la tierra, si el hombre tuviese las cualidades morales del perro, su fidelidad y su desinterés.

Llego, señores, á un hecho de alta gravedad para mi desgraciada especie. La *hidrofobia* ó *rabia*, es una enfermedad terrible que nos ataca algunas veces, y entonces somos el terror de poblaciones enteras, mas en verdad por la exageracion del peligro que por el peligro mismo. La prueba es que en Madrid, por ejemplo, los carruages atropellan y matan en un mes, un número mayor de desgraciados que el que hacen morir en treinta años los perros rabiosos. Mi último amo, el naturalista, se ha ocupado mucho de esta cuestion durante cuarenta años, y jamás ha podido encontrar un hombre rabioso mas que en las columnas de los periódicos, en donde la boberia de ciertos agentes, suele insertar siempre una anecdotilla, bien ó mal inventada, todos los años entre el 4.º de junio y el 4.º de agosto. Invariablemente escogen esta época, porque esos caballeros se han imaginado, no se sabe por qué, que los calores del estio, y á sed, son las causas de la rabia, contra la opinion de todos los médicos, los veterinarios y los fisiólogos que han escrito sobre esta materia (1). Entre los caprichos que tuvo mi amo el sábio, hubo uno que por su singularidad me parece digno de referirosle. El pobre hombre, como ya he dicho, tanto por miedo, como por curiosidad, se ha ocupado de averiguar que era la hidrofobia en el hombre. Compulsó cuanto sobre el particular habian escrito gentes muy hábiles, y al fin de este trabajo adoptó la opinion de que la rabia no podia transmitirse de el perro al hombre, como piensa un gran nú-

mero de autores respetables. La única razon, que en su concepto, ha hecho creer en el contagio de esta enfermedad, era el tétano, que á consecuencia de una mordedura, ó simplemente de una imaginacion exaltada por el miedo puede causar la muerte con estrañas convulsiones. Entonces mi amo comprendia perfectamente el que hubiesen visto morir *rabiosos*, creyéndoles tales, á individuos mordidos por perros no hidrófobos, ó por liebres, caballos y otros animales: y aun como habian podido morir personas que no estaban mordidas, pero que creian que un animal rabioso las habian comunicado su saliva. Los libros de los autores especiales, están llenos de semejantes ejemplos. Mi sábio, como todos sus compañeros, no estaba sujeto á estravios de imaginacion: sabia por esperiencia que no se le exaltaria demasiado, ni aun para hacerle componer cuatro buenos versos, ni una novela geológica en donde se hace bailar á las montañas, ni para hacerle morir rabioso: dormia pues tranquilamente desde setiembre hasta junio. Pero en cuanto comenzaban los calores, leia en los periódicos la acostumbrada anecdota, refiriendo el doloroso acontecimiento, que actualmente sirve de precursor á las bolitas. Asustado entonces mi amo, volvía á tener sus dudas; acudia á sus apuntes y como no fuese en los periódicos, no encontraba ni rabiosos ni mirlos blancos. En fin, mi pobre sábio ya habia perdido el tino, cuando la casualidad le hizo encontrar en una tertulia á M.*** que ha sido por espacio de treinta ó cuarenta años médico del hospital general.

—Caballero, le dijo mi amo, ¿habeis visto muchos hidrófobos?

—Muchos, centenares de ellos.

—Entonces, caballero, creéis que la rabia se trasmite de la raza canina á la especie humana.

—No sé qué deciros; y á pesar del inmenso número de enfermos que he tratado, solo he podido recoger dos hechos en que la imaginacion no ha sido la única causa del mal; uno fué en un idiota de quince años, y el otro en un niño de diez y ocho meses. (Histórico.)

—Es muy estraño, dijo para sí mi amo: he aqui un médico que duda despues de cuarenta años, y la policia no duda de nada.

Partiendo del antiguo error popular de que la rabia es producida por el calor, la sed, y los grandes frios, un agente de policia, un alcalde de aldea, ponen sin titubear fuera de la ley al perro declarado propiedad por las leyes; y mientras los tribunales condenan á los que roban perros, un agente de policia hace envenenar ó arrebatar á aquellos animales, sin respeto á la propiedad, apoyando aquella arbitrariedad en una preocupacion ridicula, que cien veces ha sido contradicha y echada á tierra por la ciencia y la observacion. De aqui resulta la violacion del pacto mas fundamental de la sociedad: el desprecio de la propiedad; resulta un espectáculo desmoralizador para vuestros hijos, desconsolador y aun peligroso para vuestras mugeres, y repugnante para todos: ya comprendereis que quiero hablar de la agonía de un desgraciado animal, agitándose con las violentas convulsiones de la muerte. Yo os pregunto si con un espectáculo semejante formareis el corazon de vuestros hijos, moralizareis al pueblo y destruireis la brutalidad de sus costumbres. De aqui resulta tambien, que haciendo sembrar arsénico y nuez vómica en los sitios públicos, pueden envenenarse y se envenena efectivamente no solo á perros,

(1) Véase acerca de la hidrofobia: *Patologia canina*, por Delabere Blaine. D. M. *Rabia contagiosa*, por Parry. — *Comentarios médicos*. Memoria de Maynell, tomo X. — *La Ciclopedia de Rees*. — *Biblioteca razonada* 112. abril, mayo, junio. 1780. — *Transacciones médicas*. Filadelfia. — *Investigaciones médicas*. Filadelfia, 1798. — *Disertacion sobre la rabia*, por Blegner. — *Nuevo tratado sobre la rabia*, por Trollet. — *Memoria de la Sociedad de Medicina*, pag. 122. — Astruc. *Memoria*. Montpellier. — Bandot. *Diario de la Sociedad de Medicina*. — Artuc. *Coleccion periódica*. — *Gaceta de la Salud* del 11 de setiembre de 1813. *Diario de Medicina*, tomo XXXIX. — *Estadística de los perros rabiosos en las Memorias de la Sociedad real de Paris*. — Barrow. *Viaje de Africa*. — Sonnini. — *Viaje de Egipto*, t. I, pag. 313. — etc., etc.

sino á desgraciados niños (4). ¿Quien es el agente de policia que despues de haber esparcido por las calles dos ó trescientas bolitas ó albondiguillas envenenadas, puede decir al volver á su casa, mi conciencia está tranquila? Jamás he dado muerte á ningun individuo de mi especie. ¿Y qué veneno? la nuez vómica, la estrignina, la mas terrible de las sustancias para el hombre y los animales y contra la que la ciencia no conoce ningun remedio. Pero si continuais tened al menos la humanidad de poner un bozal á los idiotas, á los pobres niños de menos de cuatro años, á las jovencitas cloróticas.

De esta manioobra resulta ademas, que el pueblo, poco inclinado á querer á las personas encargadas de su difícil administracion, mas ofendido con frecuencia por una pequeña vejacion que toca á sus afecciones particulares que lo seria por un abuso mas grande, hace estensivo hasta el poder el odio que profesa á sus agentes. Creedme, señores, por mas que seamos perros, no dejamos de tener ideas profundas en política. Por ejemplo, los historiadores que han escrito sobre la revolucion de julio en Francia, os dicen que si Carlos X cayó del trono fué por esto, por aquello, por lo otro, por lo de mas allá, y por otras mil causas tan racionales como esas. No, señores, por seductores que os parezcan esos argumentos, que os reproduzco con la buena fé de perro, no los creais. La única causa, la apremiante, la gran causa de la revolucion de julio (revolucion en que se ha visto en los sepulcros del Louvre un héroe de nuestra raza), esa causa cuyo efecto era inevitable, fué la espantosa matanza de la calle Guenegaud. ¡Oh dias de luto y de lágrimas!... ¡Oh funestos recuerdos!... yo me hallaba en París, y vi... ¿le creará la posteridad?... vi dos mil de mis inocentes hermanos, lebreles, galgos, podencos, perdigueros, de lanas, mastines, etc., perecer miserablemente por el veneno, el hierro, y la cuerda del fatal torniquete. Mi corazon se estremece todavia al pensar en las desgraciadas viudas y huérfanos que les sobrevivieron:

¡Oh! jamás olvideis la noche horrenda,
para un pueblo infeliz cruel y eterna.

y decidireis como yo, que la revolucion de julio no tuvo mas causa que esa espantosa matanza.

Veamos si el sistema de envenenamiento de los perros puede prevenir los inconvenientes de que se acusa á nuestra raza. La estadística de los perros rabiosos publicada en las *Memorias de la Sociedad real de Paris*, prueba que esta enfermedad no es mas frecuente en el verano que en cualquiera otra estacion, y que se manifiesta con mas frecuencia en febrero, mayo, setiembre y octubre, que en los demas meses del año. Si el calor fuese la causa de esa terrible enfermedad, habria seguramente muchos mas perros rabiosos en los países cálidos que en los templados y frios: pues bien, sucede positivamente lo contrario, pues que en las regiones mas calurosas es desconocida la rabia. Volney dice que jamás ha oido hablar de ella en Egipto: Larrey, Brown y otros viajeros, dicen que nunca ha visitado el ardiente clima de la Siria. Tenemos la autoridad de Barrow para afirmar que es enteramente desconocida en las vastas regiones de la América Meridional, y en muchas islas de

las Azores. El mismo viajero asegura que jamás ha habido ejemplo de ella, ni entre los cafres, ni en el cabo de Buena Esperanza.

Tampoco es mas cierto que pueda ser ocasionada por un frio muy intenso, porque no existe en la Groenlandia. Y por último, Trollet, (*Nuevo tratado de la rabia*, pág. 578) asegura que no es mas comun durante el frio del invierno que en las demas estaciones.

La sed y el hambre no son tampoco causas del desarrollo de la rabia, como no son el calor ó el frio. En Roseta, en Constantinopla, en Alepo y en otras ciudades de Oriente, las calles están llenas de perros sin dueño, que no se destruyen jamás y que algunas veces alimenta la caridad musulmana. Cuando el verano es muy caloroso y se secan las cisternas, aquellos animales mueren á centenares de calor, de sed y de hambre, y sin embargo ninguno se vuelve rabioso. (Sonnini, *Viage á Egipto*, tomo 1.º, pág. 313). ¿Es acaso por una influencia particular del clima? No, porque como vamos á ver, este fenómeno es absolutamente el mismo en España, en Francia, que en Italia. El sabio Redi, en el último siglo, dejó morir en Florencia de hambre y de sed perros y gatos, que ningun sintoma presentaron de aquella enfermedad. Bourgelat, en la escuela veterinaria de Lyon, Chabert y Huzard en la de Alfort, han repetido aquella experiencia y en ningun caso han visto declararse síntomas de hidrofobia. Aquellos desgraciados animales, al concluirseles la vida, procuraban todavia beber, aunque sus órganos estaban contraídos hasta el punto de no poder tragar. Unos vivieron cuarenta y un dias, algunos treinta y tres, otros veinte y cinco, diez y ocho, etc., pero ni uno solo se volvió rabioso.

La mayor parte de los médicos ingleses mas célebres, niegan que la rabia sea una enfermedad espontánea: otros creen que las causas que la producen, no están en el calor atmosférico, ni en la sed, ni en el hambre, ni en la mala calidad de los alimentos, último hecho suficientemente establecido por los experimentos de Magendí: sino 1.º en un celibato muy prolongado: 2.º en un cautiverio demasiado riguroso: y por último 3.º en la mayor parte de las precauciones que se toman para evitarla.

Señores, los perros aqui representados, reunidos en consejo, despues de haber deliberado maduramente, os ruegan humildemente que tomeis en consideracion su peticion, y descan ademas que como en Alemania, Inglaterra, y otros estados de Europa, sea mirado el perro como una propiedad tan sagrada como las demas: que se la respete lo mismo, aunque para evitar todos los inconvenientes, fuese preciso imponernos una contribucion moderada: este impuesto nos parece tanto mas justo, cuanto que será pagado por nuestros amos y no por nosotros, lo cual no es comun en legislacion.

Siguen nuestros retratos á saber: lámina 1.ª a. el pequeño grifo; b. el perro de muestra francés; c. el perro perdiguero; d. el perro de ganado; e. el perro de Terranova; f. el sabueso; g. el podenco y h. el gosquiello ó perrito comun. Lámina 2.ª a. el perro lobo; b. el perro de la Oceania; c. el perro de la Nueva Holanda; d. el galgo; e. la galga; f. el pacho de Bengala, y g. el perro dogo.

El editor de las *Memorias de*
MEDOR

(4) Chausier en su *Manual de los contra-venenos*, cita un ejemplo de este género; el autor de este artículo ha sido testigo de dos.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de las piramides de Egipto.

ALEJANDRIA.

(Conclusion.)

En Afté se encuentran las grandes esclusas del canal de Mahamud, construido en estos tiempos por Mehemet-Ali en honor de su soberano. A pesar de lo movedizo del terreno y de otras mil dificultades que presentaba la localidad, especialmente junto al lago Mæris, el canal quedó concluido en el corto espacio de diez meses, habiendo estado empleados en los trabajos 313,000 trabajadores. La utilidad inmediata de este canal, del que apenas hablamos en nuestra *Reseña histórica de los mas importantes del exterior*, consiste en proporcionar una fácil salida á los frutos entre Alejandria y las provincias de Egipto, sin tener que ir á buscar la rada de Aboukir, con los riesgos que son consiguientes al peligroso paso de la embocadura de Roseta.

Otro canal que tiene su origen en la cumbre del Delta, en el valle longitudinal del istmo de Suez, ha sido abierto tambien por Mehemet-Ali, con el objeto visible de conducir el agua del Nilo al *Ouady-Toumylat*, cuyo pais fertiliza.

TOMO IX.

Sabido es que las esploraciones hechas por los miembros del Instituto de Francia, con el propósito de contrabalancear la supremacia inglesa, tanto marítima como mercantil, abriendo á través del istmo de Suez un canal de comunicacion entre el Océano indico y el Mediterráneo, dieron por resultado el hallazgo en muchas leguas de estension en el *Ouady-Toumylat*, de los restos del canal que unió hace muchos siglos el mar Rojo con el Mediterráneo. Este descubrimiento ha dado motivo á algunos para pensar que el astuto pachá quiso tal vez probar fortuna, sin dar á entender á nadie lo que hacia, y que arrepentido mas tarde al pensar cuanto ha codiciado siempre la Inglaterra la posesion de Suez, ó avisado prudentemente por algun oráculo parecido al de *Nechao* (4), abandonó la apertura del canal

(4) Se ha atribuido al rey *Nechao* el proyecto de unir el Mediterráneo al mar Rojo por medio de un canal. Herodoto dice, que este canal costó la vida á 120,000 hombres, y que quedó sin concluir, porque habiendo consultado *Nechao* al oráculo, este contestó: «Que era abrir un camino á los estrangeros para invadir el Egipto.» Mas adelante, Dario, hijo de Hitaspes, continuó la empresa, pero no se atrevió á rematarla, porque se le dijo tambien, que estando el mar Rojo mas alto que el Egipto, se inundaria todo el pais. Estaba reservado á Ptolomeo Filadelfo el honor de dar cima á tan glorioso proyecto, terminando el *Canalis Ptolomeus* de comunicacion de los dos mares. Este canal tenia, segun Plinio y Estrabon, 100 codos de

de reunion que debia trasmitir á la posteridad la gloria de su ilustre fundador.

Por lo demás, no se comprende como los historiadores modernos guiados por la opinion de Volney que sostiene el desnivel de las aguas de los dos mares, han puesto en duda la existencia del antiguo canal de reunion (*Canalis Ptolomeus*), cuando no es difícil hallar pruebas evidentes de aquella, tanto en la historia antigua como en las localidades visitadas de propósito por los miembros del Instituto. Diodoro de Sicilia (lib. 4.º, seccion 2.ª), Herodoto (lib. 2.º, capítulo 159), Plinio (lib. 46, cap. 20) y Estrabon (lib. 17, página 804) refieren que al regresar Sesostris de sus conquistas, fué el primero que ensayó la construccion de este canal, llevado del deseo de hacer mas fácil el comercio de todo el universo con el Egipto. Segun Diodoro de Sicilia, el canal se estendia desde las cercanías de Menfis, no lejos del Delta hasta la Clysmá, ciudad antigua, de la cual se descubren algunas ruinas al Norte de Suez, donde Bonaparte encontró la cabeza de los diques, poco salientes de la orilla del golfo Árabe, á causa de las arenas que las habian cegado en algunos puntos.

¡A cuántas observaciones no da motivo el exámen práctico y evidenciado de estos hechos, que el orgullo de los modernos aleja del analisis porque no conforman con sus infalibles teorías!...

Despues de cuarenta y ocho millas de navegacion por el canal de Mahamut en balsas remolcadas por vaporcitos de hierro de la compañía del tránsito, empieza á distinguirse, primero la columna de Pompeyo, despues el obelisco de Cleopatra, y últimamente la bella y risueña ciudad de Alejandria, ostentando su frente rica de juventud y de savia, entre el pavoroso hacinamiento de sus ruinas. (1)

Alejandria, en lo antiguo *Alejadria ó Iscanderiteh*, como la llaman los árabes, es una plaza fuerte, edificada en una lengua de tierra que forma el Mediterráneo: tiene dos puertos que corresponden á dos ciudades diferentes, la antigua y la moderna. De la primera poco ó nada se conserva organizado en forma de pueblo; de la segunda, cuyos edificios mas importantes son el palacio del pachá, la aduana, la mezquita de las Mil y una columnas, las fortificaciones y el arsenal de marina, puede decirse que sirve de depósito comercial del Egipto, siendo el punto de donde se esportan los efectos para Constantinopla, su rival antigua, Smirna, Liorna, Venecia, Trieste y Marsella.

Durante la larga dominacion de los romanos, Alejandria fué la capital de todo el Egipto. Esta grandiosa ciudad, edificada por Alejandro, cuyo proyecto de ejecucion dicese, que entregó el mismo al célebre arquitecto Dinocrates, tenia 400 estadios de circunferencia y un millon de habitantes, habiéndose reducido este número á 700,000 en el reinado de Augusto.

Balvi describe de este modo la ciudad antigua: «Una calle recta de cien pies de latitud atravesaba aquel soberbio pueblo, formando una série de pórticos, templos y otros

edificios suntuosos: otra calle no menos bella cortaba la ciudad en ángulos rectos, cuya interseccion formaba una espaciosa plaza cuadrada, desde la cual se veian los bageles que á toda vela arribaban del Mediterráneo y del lago Mareotis. Un magnifico monte artificial llamado *Heptástade*, porque tenia siete estadios de longitud, reunia la isla del Faro al continente y separaba los dos puertos que Alejandria poseia en el Mediterráneo. A la entrada del gran puerto y sobre una roca se elevaba la *Torre del Faro*, en cuya cúspide se encendian fuegos todas las noches para guiar á los bageles; se habian construido en ella diferentes pisos rodeados de galerías, sostenidas por columnas de mármol; segun parece, su altura era mayor de cuatrocientos pies y se la colocaba entre las maravillas del mundo. La ciudad de Alejandria se dividia en muchos barrios, siendo el mayor y mas opulento el *Bruchion*, llamado tambien barrio de Palacio. Ademas de la morada real, edificada por Alejandro, se veian otros muchos palacios contruidos por los Ptolomeos. En el *Bruchion* estaba el teatro, el estadio y el gimnasio: este último adornado de pórticos de seiscientos pies de longitud, sostenidos por muchas lineas de columnas de mármol, cinco de las cuales subsisten todavia. En el templo de *Soma ó Sema* reposaba el cadáver de Alejandro, depositado en una caja de oro macizo por el primero de los Ptolomeos. En este mismo barrio se hallaba la famosa biblioteca y el museo: la primera debe ser considerada como la mayor coleccion de libros que hicieron los antiguos. Antes del incendio que redujo á cenizas la mayor parte en tiempo de Julio César, constaba de 700,000 volúmenes ó rollos, que contenian menos material que nuestros tomos impresos. El museo era una verdadera academia de sábios, diferente de las nuestras, porque sus individuos vivian juntos en un magnifico edificio, mantenidos por los reyes de Egipto y mas tarde por los emperadores romanos. A este sábio pórtico debió Alejandria el haber marchado por espacio de muchos siglos al frente de la civilizacion de los pueblos de la antigüedad y de la edad media. En el barrio *Rachotis*, llamado asi por la aldea de este nombre, que existia antes de la fundacion de la ciudad, se veia el vasto y magnifico templo de *Serapis*, construido de mármol, en medio de un inmenso patio, rodeado de habitaciones y galerías destinadas á sus numerosos servidores. La estatua del dios era de tamaño enorme. Este templo fué destruido por orden del emperador Teodosio. Los restos de la famosa biblioteca, depositados en un bello edificio contiguo al que fué quemado, formaron con la rica librería de Pérgamo, que Marco Antonio regaló á Cleopatra, y con los aumentos que sucesivamente tuvo durante la dominacion romana, la segunda biblioteca casi tan considerable como la primera, la cual fué destruida por el fanatismo del califa Oman.»

Alejandria contaba ademas dos arrabales de consideracion: el llamado *Necrópolis* (ciudad de los muertos), era notable por sus numerosas grutas sepulcrales, abiertas en la roca; el otro que conducia al *hipódromo*, empezaba en la puerta *Canope*, desde la cual puede verse el único obelisco de Cleopatra que se mantiene en pié, de las dos antiguas agujas.

Este soberbio monumento, que todavia se conserva como desafiando á las edades futuras, tiene cerca de noventa pies de elevacion, es de granito rosa de una sola pieza, y cuenta nueve pies por lado: toda su base está cubierta de

ancho, 30 pies de profundidad y 50 leguas de largo, revestido todo de malecones y con esclusas para facilitar el paso de los buques. Trajano renovó este canal mas abajo de Menfis, dando su nombre al ramal de prolongacion: esta prolongacion está indicada en el siguiente pasaje de Ptolomeo: «Entre Heliópolis y Babilonia corre el rio Trajano (*Amnis Trajanus*).» Quinto Curcio le denomina *Oxius* y los árabes *Mekremi*. Meerizi en su historia de Egipto, atribuye este canal á Adriano César.

(1) La vista de Alejandria la hemos puesto en el número anterior.

geroglíficos que nadie ha leído ni leerá probablemente, á menos que de las escavaciones que se están practicando en Tebas, Menfis y Alejandria, no resulte el hallazgo de monumentos en dos ó tres lenguas, que completen el interesante descubrimiento de la interpretación de la escritura geroglífica.

Junto á este inmenso obelisco, que sirve de faro á los navegantes durante el día, hay un pequeño cobertizo de madera, dispuesto con sencillez, para la conservacion de las inscripciones y nombres que se complacen en dejar los viajeros. Nosotros intentamos cortar un pedazo de granito de este obelisco, pero nuestros esfuerzos fueron inútiles: la herramienta que llevábamos se fraccionó en mil pedazos, rompiéronse contra sus ángulos las piedras duras de las inmediaciones, y entre tanto ni aun siquiera logramos arrancar la mas mínima chispa de granito, convertido en polvo.

El otro obelisco, igual en un todo al que acabamos de describir, se mantenía tambien en pie hace pocos años, hasta que le dió la gana de tumbarse sobre las casas inmediatas, enviando al paraíso de Mahoma á mas de cuarenta sectarios del Alcoran, que dormían en pacífico sueño. Cayó esta inmensa mole sin romperse y no faltó quien quisiera trasladarla toda entera á su país. Los ingleses la pidieron á Mehemet-Ali, y el pachá se la concedió al instante con tal de que pudieran embarcarla. ¡Vanos esfuerzos! ¡tentativas inútiles! Los ingleses apuraron cuantos recursos ha inventado su saber, y el monstruo de granito no llegó á moverse del sitio en que se hallaba. Si hubiera tenido alma y vida el coloso de las *edades fabulosas*, tal vez se hubiera reído con desprecio de la estúpida arrogancia de nuestros pigmeos. Allí yace sepultado para ignominia de todos, bajo los cimientos de un terraplen que acaba de construirse por la parte del mar, y allí permanecerá indudablemente hasta que los mecánicos modernos sepan tanto como supieron los autores del obelisco.

La columna de Pompeyo es tambien de granito rosa, y se encuentra á la entrada de Alejandria por la parte del canal de Mahamut: tiene ciento catorce pies de elevacion y se compone de tres cuerpos, la base, la caña y el capitel; el segundo de estos no bajará de noventa pies de longitud por nueve de diámetro.

Los palacios de Mehemet-Ali y de su hijo Ibrahim-Bajá (4), aunque de construccion sencilla y elegante en el exterior, atesoran por dentro el lujo mas fastuoso de los orientales. La circunstancia de hallarse bastante enfermo el bajá cuando pasamos por Alejandria nos impidió hacer uso del permiso que teníamos para visitar su palacio; dijéronnos, sin embargo, que era muy parecido en la distribucion y adornos interiores al palacio nuevo del Cairo.

Junto al palacio está el harem, poblado de odaliscas, con sus altas y robustas murallas, con sus impenetrables ventanas, cubiertas de celosías, y con sus terribles eunucos, que guardan como lebreles los tesoros codiciados de sus amos. En Egipto lo mismo que en Turquía, las esclavas

del capricho oriental pasan su vida en el harem, bañándose, vistiéndose, paseando en los jardines, tocando una especie de citara y haciendo bailar á sus esclavas danzas voluptuosas. Las mugeres de los egipcios nobles salen de casa cuando bien les parece, visitan á sus amigas, y á veces con pretexto del baño suelen hacer otras visitas de índole reservada para todos, menos para los europeos, que andan mezclados por lo regular en el secreto de estos dramas íntimos. Las mugeres de la clase media salen de casa acompañadas de uno ó mas criados; las de la clase pobre se presentan solas donde les place, sin que nadie se cuide de ellas.

El comercio de esclavas blancas ha ido haciéndose muy raro en Egipto, desde que la Grecia logró sacudir el yugo de los otomanos. En otro tiempo, especialmente durante la guerra de la independencia griega, era fácil conseguir una hermosa doncella de Esparta ó de Atenas por seiscientos reales. A pesar de los bandos de la Rusia, algunas familias georgianas y circasianas educan todavía á sus hijas y las conservan para venderlas de contrabando: esa es la razon porque se encuentran tambien provistos de mugeres blancas los serrallos del bajá. Una circasiana ó georgiana de diez y ocho á veinte años, de belleza superiormente encantadora, cuesta de 13,000 á 20,000 reales (lo mismo cuesta en Egipto un caballo árabe de raza pura). Las esclavas negras de la Abysinia de regular belleza, se venden por 900 ó por 1,400 reales: las que reúnen el tipo mas perfecto de la raza etiópica cuestan de 4,000 á 5,000 reales. Los extranjeros no pueden comprar esclavas, pero se las proporcionan cuando quieren de los mercados de Suez y del Cairo.

Pasaremos sin hacer mencion de los baños turcos, porque habiendo llegado á visitarlos en malas circunstancias para nosotros, no quisimos sufrir la terrible prueba de las fricciones con cepillo por miedo á una indigestion. Es curiosa, sin embargo, la manera de tomar dichos baños, y recomendamos al que desconozca esta costumbre oriental las bellas descripciones que hay escritas sobre el asunto.

En tiempo de los Ptolomeos y aun en el de los romanos, Alejandria fué la primera ciudad comercial del mundo. Mucho perdió de su importancia con la conquista de los sarrazenos en 640; mas sin embargo, no dejó de ser por eso la ciudad mercantil por excelencia, hasta que la dominacion de los turcos y mamelucos, y el descubrimiento de la vía de la India por el cabo de Buena Esperanza, completaron de todo punto su ruina. Ya hemos dicho que la ciudad contaba en tiempo de los Ptolomeos un millon de habitantes; en el día cambia este número segun las estaciones, no escediendo jamás de veinte y cinco mil, que es un censo bien reducido.

Triste es decirlo, pero la moderna Alejandria se parece á una pobre huérfana, cuya herencia ha sido solamente el nombre de su padre. Del antiguo y vasto solar de la ciudad de Cleopatra, solo ha quedado una estrecha lengua de tierra, oprimida entre dos puertos. Los templos mas soberbios han sido trasformados en simples mezquitas, los palacios mas suntuosos en casas de una mala construccion, la antigua morada real es ahora una prision de esclavos, y el numeroso y opulento pueblo de la antigüedad ha desaparecido para dar paso á una turba de comerciantes aventureros que se reparten sus despojos. Este plaza tan celebrada cuando el Egipto era el granero del mundo, segun la

(1) Se ha dicho con frecuencia, en especial por Lamartine, que Ibrahim no era hijo del virey de Egipto. Para refutar este error diremos que Mehemet-Ali se casó en la *Cavale*, su patria, en 1769 con una jóven distinguida, de la cual tuvo en 1789 á Ibrahim-Bajá; luego una hija que casó con Moharem-Bey, gobernador de Alejandria; mas tarde tuvo á Toussoum-Bey, padre de Abas-Bajá; después á Ismail-Bajá y otra hija, que casó con Mehemet-Bey. En Egipto ha tenido Mehemet-Ali cuarenta y tres hijos, de los cuales viven Sayd-Bey, nacido en 1822; una hija, nacida en 1821; Husim-Bey, en 1825; Halim-Bey, en 1829; y Mehemet-Ali-Bey, Abas-Bajá, gobernador que fué del Cairo, es en la actualidad el soberano de Egipto.

espresion de los romanos, ha venido á quedar reducida á un simple punto de escala para las embarcaciones de Oriente: no es el fénix que renace de sus cenizas, es mas bien una serpiente que quiere salir del fango de la corrupcion que el Alcoran ha derramado por esta fértil comarca.

Hay que hacer justicia, sin embargo, al gobierno lleno de vigor, del difunto Mehemet-Ali, quien al paso que logró asegurar la tranquilidad y el buen orden en el Egipto, pudo reanimar tambien en los últimos tiempos el comercio de Alejandria, de manera que esta plaza tiene en la actualidad una influencia considerable en el mundo mercantil. ¿Pero cuántos sacrificios no ha costado y cuesta á los pobres habitantes del Egipto ese relámpago fugitivo de dicha comercial? Abas-Pachá, lo mismo que su antecesor Mehemet-Ali, no deja ninguna empresa á disposicion de los particulares. El es el solo propietario, el único banquero y comerciante en grueso de todo el Egipto; él ha monopolizado el comercio estrangero de todo el país; él ha fijado el precio que debe abonarse al cultivador por cada artículo, asi como el en que este debe venderse al comprador. De esta suerte el progreso de la agricultura y el desarrollo del comercio y de la industria no tienen ninguna ventaja efectiva para la masa general de la nacion. Por eso se ha acriminado á Mehemet-Ali su invencible y pernicioso egoismo; por eso se ha temido y se teme todavía que el edificio de aparente prosperidad elevado por el último pachá con el concurso de sus victorias sobre la Puerta, venga á dar en el suelo con estrépito en el momento en que las riendas del gobierno pasen á otras manos menos firmes y hábiles que las suyas.

Dijimos que el arsenal de marina era una de las obras modernas mas importantes. En efecto, construido en 1829 bajo la direccion de Mr. Cerisi, ingeniero francés, cuenta en el dia 980 carpinteros, 460 oficiales de diferentes oficios, 93 herreros forjadores y 460 cordeleros: al todo 4.693 operarios, sin incluir los gefes. En este establecimiento se pagan diariamente 367 empleados, comprendidos los europeos.

La rada de Alejandria ha presenciado en los últimos tiempos uno de los sucesos mas famosos de la historia contemporánea. El almirante turco Achtmét-Bajá, que habia sido encargado por la Puerta Otomana de reducir á la obediencia á su rebelde vasallo de Egipto Mehemet-Ali, se presentó inesperadamente el dia 14 de julio de 1839, con 25 buques de alto bordo, y el pabellon abatido ante los muros de Alejandria. Este hecho que tanto influjo pudo tener en la cuestion de Oriente y Occidente, fué calificado de varios modos por la generalidad de la prensa europea, que le dió un carácter politico que no tenia, cuando en realidad dimanaba de una intriga del Serrallo como otros muchos. Pero sea de esto lo que se quiera, el resultado fué que el 16 de julio de 1839 habia fondeados juntos bajo el cañon de Alejandria 52 buques de guerra, de los cuales eran 25 de los turcos en esta forma:

El *Mahundié*, navio almirante de tres puentes y 440 cañones, el mas grande que se conoce en la marina del mundo.

El *Meksoudie*, tambien de tres puentes y 440 cañones.

Seis navios de dos puentes, de 74 á 90 cañones, el *Jeorrié*, el *Fethié*, el *Terrifié*, el *Menduhier*, el *Tefihie*, y el *Bourgi-Giaffer*.

Dos fragatas de 72 cañones, la *Nisamié* y la *Nousnetié*.

Ocho fragatas de 50 á 60 cañones, la *Sadié*, la *Sahap*, la

Tariri-Bahri, la *Nevehi-Bahri*, la *Caidi-Giaffer*, la *Miri-Adi-Giaffer*, la *Surie* y la *Fihis-Rahman*.

Una corbeta, la *Messiré Ferach*.

Cuatro bergantines, el *Gaosi-Giaffer*, el *Giai-Ferach*, el *Fegiri-Sefit* y el *Ather*.

Dos pailebots, el *Tasi-Giedid* y el *Neverser*.

Y dos vapores, el *Pieki-Cheveket* y el *Essiri Hair*. Al todo 25 velas y 2 vapores; 40,000 hombres de desembarco, 3,000 marinos y 4,000 marineros, dirigidos todos por Mr. Valke, capitan de la marina británica al servicio del gobierno turco, en clase de *mustichar* (consejero de la escuadra), y por el general Jokmus, hamburgués, uno de los legionarios ingleses cuando la última guerra de España.

El compromiso en que puso á la Sublime Puerta la defeccion de Achtmét-Bajá, y el descubrimiento del tratado de *Unkiar-Skellessi*, que permitia únicamente á la escuadra rusa la entrada de los Dardanelos, produjeron aquellas famosas notas, complicaciones, cartas y protocolos politicos conocidos en Europa por la *cuestion de Oriente*.

Sentimos en el alma que el carácter de este artículo no nos permita tratar á fondo una cuestion que hemos estudiado con detenimiento. Dia vendrá tal vez en que lo hagamos con la interesante copia de datos que poseemos, contentándonos entre tanto con dar á nuestros lectores un extracto de la batalla de *Necib*, llamada del Eufrates, por lo mucho que en ella está interesada la gloria del Egipto, país que nos merece una singular y completa predileccion.

Cuando el sultan Mahamut (1) y su hijo Abdul-Medjid, cada uno en su época, quisieron reconquistar el Egipto ú obligar al menos á Mehemet-Ali á que reconociese á su señor pagándole tributo, el virey, que tantos sacrificios habia hecho por devolver á la patria de los Ptolomeos su antiguo poderio, mandó á su hijo Ibrahim con un ejército á la Turquía asiática para demostrar al sultan que el que tiene fuerzas superiores no debe reconocer vasallage.

En una sola campaña conquistó Ibrahim toda la Siria. El gran señor dispuso contra él un ejército numeroso á las órdenes de su gran visir, el cual habiendo pasado el Eufrates por mucho esfuerzo, se halló desde luego enfrente de la vanguardia egipcia, mandada por Soliman-Bajá (corone francés Selves.)

Las fuerzas que presentaron los turcos á las órdenes de Hafiz-Bajá, componian una masa fuerte de 86,000 hombres: la totalidad de las egipcias, distribuidas en las plazas de Siria y en el cuerpo de operaciones del Tauro, figuraban tambien del modo siguiente:

TROPAS REGULARES.

Veinte y tres regimientos de infanteria de cuatro batallones, á 800 plazas cada uno.	73.600
Once compañías de <i>baltadschés</i> (tropas de guarnicion.)	4.400
Quince regimientos de caballeria de seis escuadrones, á 432 plazas.	11.880
TOTAL.	86,580

(1) El sultan Mahamut fué hijo de una jóven francesa, la señora de l'Epinau, á quien apresaron unos piratas, y vino á ser por su estremada belleza la sultana favorita de Abdul-Amcid, padre de Mahamut.

SUMA ANTERIOR.	86,580
Tres regimientos de artillería de á pie.	9,600
Un regimiento de artillería de á caballo.	750
TOTAL.	96,930

TROPAS IRREGULARES.

Los <i>cuagrebis</i> (beduinos á caballo del Africa Septentrional) formando un cuerpo de.	4,000
Los <i>amauses</i> (albaneses).	2,000
Los <i>candiotas</i>	4,000
Los <i>drusos</i> del emir Barchir, al servicio de Ibrahim.	40,000
Beduinos de Siria y de Petra, al servicio de Ibrahim.	40,000
TOTAL.	30,000

De todas estas fuerzas solo tenían los egipcios dispuestos para el combate 76,900 hombres entre tropas regulares é irregulares, y 160 piezas de campaña. En tal situación se encontraron los dos ejércitos el día 23 de junio de 1839. Mr. Petit, oficial de estado mayor de Hafiz-Bajá, hecho prisionero por los egipcios, describe así la sangrienta batalla que tuvo lugar aquel día.

«El campo otomano se había establecido en tres líneas: las dos primeras las formaba la infantería, la tercera la caballería; la artillería, compuesta de 146 piezas, formaba á los dos costados.

«Los bajaes de division, Sadoula-Haidan y Kurd-Mehemet, mandaban la infantería. Scherif-Bajá y Bach-Bozouks la caballería, compuesta de 9,800 ginetes. Suleiman-Bajá estaba encargado de la infantería y caballería reunidas.

«Sabedor Hafiz-Bajá de que muchos regimientos de sirios tenían intención de pasarse á sus filas, dispuso un ataque en la noche del 23, y al efecto se aproximaron al campo egipcio cuatro baterías, que arrojaron 260 proyectiles, introduciendo el desorden en el ejército de Ibrahim.

«En la tarde del día siguiente continuaron los disparos contra las tiendas de Ibrahim y de Soliman-Bajá, quienes montaron á caballo aceleradamente para impedir la confusión, que cada vez iba en aumento. En estas circunstancias desertaron mas de cien egipcios, y otros muchos pelotones lo hubieran verificado á no ser por la actividad que desplegó Soliman-Bajá en los puntos avanzados.

«Al amanecer del día 25 todo el ejército egipcio se dirigió en seis columnas bien ordenadas á espaldas del campo otomano: la primera se componía de 148 piezas de artillería que marchaban en secciones, la segunda de 12 batallones de infantería, la tercera y cuarta marchaban en columnas dobles cerradas en masa, la quinta y sexta se componían de nueve regimientos de caballería, formados en columnas por escuadrones á mitad de distancia.

«Soliman-Bajá había intercalado en la cabeza y retaguardia de los claros de las líneas de infantería ocho batallones en columnas dobles cerradas en masa, con el objeto de resistir los ataques que los turcos pudieran dirigir á vanguardia y retaguardia de las seis columnas. Con igual propósito había colocado también á la cabeza de toda la fuer-

za dos baterías de doce obuses de á 36, que dispararon con el mayor acierto.

«Rompióse al fin un fuego vivísimo de 300 bocas á noventa y cinco pasos de distancia: el combate de la artillería duró siete cuartos de hora, hasta que se acabaron las municiones. Este fué un momento crítico para el ejército egipcio; doce batallones de la primera y segunda línea se declararon en fuga. Hafiz-Bajá quiso aprovecharla dando una carga á la bayoneta, pero Soliman-Selves, rápido como el rayo, obligó sable en mano á los fugitivos á volver á la línea.

«Recibidas las municiones de cañón del parque de reserva de Ibrahim, volvió á empeñarse un fuego nutrido de metralla á trescientos pasos. Entonces fué cuando huyeron los 4,800 ginetes que mandaba Bach-Bozouks. Hafiz-Bajá y su estado mayor acuchillaron á los dispersos, mas todo fué inútil. La infantería turca, que estaba sufriendo un fuego terrible de metralla á boca de jarro, empezó á ceder el terreno paso á paso hasta declararse en completa fuga.

«La derrota fué completa; casi todos los artilleros otomanos abandonaron sus fusiles en el campo de batalla, en donde quedaron también mas de cien piezas de artillería, los bagages de campaña, las municiones y 5,000 prisioneros de guerra con mas de 40,000 muertos que resultaron por una y otra parte.»

A las pocas horas de conseguida por los egipcios tan señalada victoria, escribía Ibrahim-Bajá á su padre la siguiente carta:

«Os escribo en la tienda de Hafiz-Bajá, que he encontrado amueblada como cuando él la ocupaba. Bagages, artillería, tesoros y un gran número de prisioneros, están en nuestro poder. Quiero perseguir al enemigo y no lo encuentro. Despues de un combate de dos horas el ejército turco ha emprendido la fuga tan precipitadamente que no hemos podido alcanzarle. He atacado al enemigo en todas sus posiciones á la vez. Hamet-Bajá mandaba nuestra derecha, Soliman-Bajá la izquierda y yo el centro: nuestra artillería ha dirigido sus disparos con mucho acierto. Esta victoria tan prontamente conseguida, me ha llenado de orgullo y me ha comunicado el valor de mis primeros años.»

Pocos dias despues el victorioso Ibrahim penetraba triunfante por la Anatolia, avanzando hácia el Bósforo con tanta rapidez, que hizo estremecer á toda la Puerta. Tan probable era que Ibrahim se apoderase de Constantinopla, sujetando á su carro victorioso al imperio turco, que las cinco grandes potencias que intervinieron en el arreglo de *Kutahiah* de 1833 interpusieron á la sazón todo su influjo con el bajá declarando que en último resultado y en beneficio de la paz del mundo, defenderían al gran señor contra sus ataques. Esta amenaza obligó á Ibrahim á suspender su marcha y á su padre Mehemet-Ali á firmar un tratado, en el que reconocía la soberanía del sultan, le pagaba un tributo anual de treinta millones de piastras (1) y se quedaba con los gobiernos de Egipto, Siria y Candia, y con los bajalatos de Damasco y San Juan de Acre, vinculados en su familia.

En el éxito de estas negociaciones difíciles, tuvo mucha parte la viuda de Ismail-Bajá, de carácter intrigante, á quien Mehemet-Ali dió el encargo de pasar cerca de la sul-

(1) Un peso español de columnas vale veinte y dos piastras.

tana madre *validé* (4) con una mision reservada, al paso que era tambien portadora de los magnificos regalos con que el bajá sabia obsequiar de cuando en cuando á su soberana.

De esta suerte quedó transigida por entonces, y acaso para siempre, la famosa cuestion de Oriente, que tantos temores y esperanzas produjo en los gabinetes de la vieja Europa.

No hablamos de las solemnidades del *Ramazan*, del *Bairam* y del *Courban-bairam*, porque cualquiera puede verlas exactamente descritas en las obras que tratan del Egipto y la Turquía.

Concluiremos haciendo mencion de la bellissima plaza de los Cónsules en Alejandria, cuyos grandiosos edificios, contruidos al gusto de Europa, sirven de morada á los ministros residentes y á una gran porcion de comerciantes extranjeros. Entre los primeros es digno de los mayores elogios el caballero *Annibal Petrachi*, cónsul español, por los infinitos servicios que presta á cuantos compatriotas nuestros tienen la fortuna ó la desgracia de arribar á Alejandria.

Dejamos la pluma con el sentimiento de dolor que nos inspira el porvenir pe las razas orientales. Alejandria es un cadáver envuelto en el sudario de sus ruinas; el Egipto se desmorona poco á poco y el imperio otomano no existe mas que de nombre. Es verdad que no se borra arbitrariamente del mapa un imperio de sesenta mil leguas cuadradas; pero cuando este imperio no tiene otro principio de existencia que un dogma religioso, está condenado á perecer tan luego como el dogma se debilita.

El principio otomano era el fanatismo, y el fanatismo ha sido destruido con las reformas: en su lugar reina la molicie, la intemperancia, el sensualismo brutal, y un egoismo cobarde. El Alcoran se respeta mas no se cumple, el odio de la cruz es una metáfora, las familias se aborrecen y destruyen, las razas se vigilan y se acechan y procuran no encontrarse. Los etiopes huyen de los beduinos del desierto, estos de los beduinos mas salvajes de la Palestina: los drusos se esconden de los musulmanes, estos á su vez huyen con pavor de los egipcios: los griegos buscan á los maronitas católicos, pero los maronitas católicos huyen de todo el mundo. Este es el estado lastimoso de ese imperio compuesto de aglomeraciones inconexas y antipáticas. Ni existe la unidad árabe, indispensable para suceder con gloria á la raza de Osman, ni existe tampoco la unidad turca. El imperio otomano no acaba de desplomarse, porque su conservacion es necesaria á la paz de las naciones de Occidente.

Quiera la Providencia restituir su fuerza á ese antiguo imperio, ó al menos conservarlo en su agonía, hasta que la revolucion cristiana, que vá operándose lentamente desde las faldas del Líbano, pueda fijar su bandera victoriosa sobre los minaretes de Oman y de Santa Sofia.

F. SEPULVEDA.

(4) El sultan escoge siete mugeres entre sus esclavas de la Georgia y la Circasia, á las que llaman *cadines*, y tienen aposentos con un servicio espléndido. La primera que da á luz un hijo varon, y por consiguiente heredero, reasume el titulo de sultana por escelencia y pasa al *Eskiserai* ó palacio viejo; pero si su hijo asciende al trono, entonces vuelve al palacio nuevo y toma el titulo de sultana *validé*. Esta es la única muger del harem que puede presentarse sin velo; á las demas ni aun estando enfermas les está permitido dejarse ver de los hombres. El sultan puede tener cien mugeres y concubinas, aunque Mahoma no permite mas que cuatro; el gran visir treinta, un bajá diez, un gobernador cuatro y un comerciante una; pero la comerciante es mas feliz que las demas mugeres, porque tiene un marido entero para ella sola; la gobernadora saca la cuarta parte de un gobernador, la generala la décima parte de un oficial, la visir la trigésima parte de un hombre, y la sultana la centésima parte de un turco.

EL ELISEO NACIONAL.

El Eliseo Nacional de París, se llamaba antes de febrero el Eliseo de Borbon. En su origen, que data del tiempo de la regencia, se llamó simplemente el Hotel de Evreux, pero ahora veremos de que modo su segundo nombre nació á consecuencia de un chiste de un gran señor.

El regente de Francia, Felipe de Orleans, tenia muchos vicios y muchas virtudes; y una de sus virtudes era la prodigalidad, que es la caridad de los príncipes: la mayor parte de sus cortesanos participaban de la misma indole. Sin embargo, algunos afectaban sobrepajar á los otros; pero se permitian economizar al mismo tiempo que gastaban. El conde de Evreux era uno de estos últimos, y economizaba tanto que el regente se admiró. Este millonario no tenia ni un hotel donde pudiese dar una cena al anfitrión del Palacio Real; pero no se avergonzaba por ello, y el regente quiso ruborizarle.

Un dia, el conde se presentó al príncipe en actitud de solicitar alguna cosa.

—Caballero, le dijo el príncipe, vos teneis que pedirme alguna cosa; pero os prevengo que pondré mis condiciones.

—Ponedlas de antemano, señor, respondió el cortesano, creyendo que se trataba de una partida de caza.

—Vos gozais las ventajas de la fortuna, es preciso que participeis tambien de sus consecuencias y de sus cargas.

—Precisamente, respondió Mr. de Evreux, vengo á reclamar una carga de vuestra alteza.

—¿Cuál?

—La de gobernador general de la Isla de Francia.

—Con cincuenta mil escudos de asignacion. La cosa es soberbia; exclamó al regente que estuvo á punto de enfadarse.

Pero se dominó y dijo al conde:

—Pues bien; os prometo el nombramiento. Yo iré á llevaroslo á vuestro mismo hotel.

Mr. de Evreux comprendió la indirecta. Era un palacio que le habian ofrecido, y un palacio digno de recibir al regente.

Aceptó la leccion y sacó de ella todo el partido posible.

El rentista Law acababa de pagarle su condado de Tancvillle con 800,000 libras. Compró un terreno que se hallaba inmediato á los Campos Eliseos, y mandó llamar al célebre arquitecto Molet, y edificó un magnifico hotel en medio de un jardin encantador. Las 800,000 libras de Law se gastaron en este edificio.

Al año siguiente (1719), el regente fué recibido en el hotel de Evreux; admiró mucho tiempo su riqueza y elegancia, y al salir le dió al conde el nombramiento de gobernador general de la Isla de Francia.

Dos años despues le concedió setecientas cuarenta toesas de tierra para agrandar su jardin.

Tal fué el origen del Eliseo nacional.

En 1748, Mme. de Pompadour entró una mañana en el palacio de Luis XV con un fuerte dolor de cabeza. El rey la habia hecho marquesa y dama de honor del palacio, despues de haberla colmado de honores y de vergonzosas riquezas. Al arrodillarse delante de ella habia puesto la corte á sus pies; pero esto no la bastaba todavia, por que las favoritas no



están jamás contentas. Eran estas las revoluciones de aquel tiempo.

—¿Qué teneis, señora? preguntó el príncipe.

—No tengo hotel, respondió la marquesa.

Y aquel mismo día compró el hotel de Evreux. Ocioso es decir que le pagó Luis XV.

Poco tiempo despues, Mme. de Pompadour tuvo otro dolor de cabeza.

La misma pregunta del monarca y la misma queja de la favorita.

—Mi hotel no es mas que la casa de un plebeyo comparado con el de Choisy y el de Trianon. Su interior tiene una severidad que me asusta, no encuentro allí mas que objetos del otro siglo. En fin, yo me muero de fastidio.

—Vivid, bella señora, y poned vuestra habitacion á la moda.

El hotel experimentó desde entonces una modificacion muy notable y Luis XV lo pagó todo.

La favorita tuvo desde entonces su corte en el hotel de Evreux. Las carrozas animaron aquel barrio, y los festejos y los saraos se sucedian con mucha frecuencia. Pero ¿quién es aquel otro original que se presenta en el hotel de Evreux? Es hermoso, es jóven, ó al menos aparenta serlo, puesto que su edad es un problema. Pretende haber visto los dias de la Fronda. Sus amigos aseguran que halló la piedra filosofal, que rejuvenecia cuando se le antojaba, que leyó el pasado, el presente y el porvenir. El hecho es que se ignora su origen; pero no se ignora al menos su fortuna. Su popularidad raya en locura; habla todos los idiomas; conoce todas las ciencias, y cultiva todas las artes. Es viva su imaginacion, arrastra su elocuencia y convierte la mentira en verdad. Por lo demás, toda su vida no es mas que una fábula en accion. Los unos ven en él un semidios, los otros un diablo, estos un hechicero, aquellos un magnetizador. Júzguese si está á la moda y si madama de Pompadour le llevará á su palacio. Ha hecho tanta sensacion como en Versailles. Cierta dia vino el rey de intento para hablarle aparte. Le interroga y le sondea á su placer.... Quiere sorprender su secreto; pero, ¡vanos esfuerzos! El Proteo se evade al través de mil giros y Luis XV queda encantado.

Este hombre inesplicable era el famoso conde de San German.

Otro dia la favorita sospecha que luce diamantes falsos.

Con efecto, entra brillando de pies á cabeza. Los magníficos rubies sujetan sus mangas; hermosas sortijas adornan sus dedos, y todo lo demas que lleva guarda perfecta relacion.

Madama de Pompadour, deslumbrada, le pregunta si no teme aventurar tantas riquezas prodigándolas sobre sus vestidos.

San German adivina la sospecha, y por toda respuesta saca una caja de su bolsillo.

Esta caja estaba llena de pedrerias....

El conde se manifestó tan cumplido que obliga á madama de Hausset, dama de honor de la favorita, á aceptar una pequeña cruz de brillantes.

Se justiprecia al momento.... Valia cien luises.

Muy pronto el extraño personaje desaparece tan misteriosamente como se habia presentado.

Madama de Pompadour legó, ó mejor dicho, devolvió

al morir el hotel de Evreux á Luis XV, y vino á ser la residencia de los embajadores extraordinarios; despues el guarda-muebles de la corona, hasta el dia en que Mr. de Beaujon le compró (1773). Mr. de Beaujon era el Crespo de aquella época, pero un Crespo que tenia por favoritos las artes y los pobres. La capilla y hospicio de Beaujon lo atestiguan. Este hombre de gusto restauró el hotel de Evreux devolviéndole su anterior magnificencia. El jardin fué modificado, y ademas embellecido.

Mr. de Beaujon murió en paz en su hotel; pero ya le habia vendido á Luis XVI. Este principe le cedió á madama de Borbon, amiga de la princesa de Lamballe. Poco despues se celebraron allí festejos públicos, y todo Paris representó, bailó y se divirtió de mil maneras como mastarde en Tivoli.

Cierta dia, rumores sieniestros interrumpieron estas alegrías. Oyóse en la plaza de Luis XV, hoy plaza de la Revolucion, un gran movimiento de tropas, gritos furiosos y una voz que exclamaba: «¡Hijo de San Luis, subid al cielo!» Luego el ruido de una cabeza que caia al suelo, y despues una aclamacion de ¡viva la república! Era Luis XVI, el rey mártir, á quien el Terror acababa de inmolarse sobre su altar.

Esta escena se renovó todos los dias por espacio de un año, y no se bailó mas en el hotel de Evreux: estuvo de luto como la Francia entera.

Comprado á la nacion por especuladores, se volvió á abrir para los festejos despues de Termidor. El directorio y el consulado llegaron á bailar allí walses y contradanzas; triunfaban los conquistadores de Italia, y cada victoria de Bonaparte se celebró con júbilo en la cabaña de Chantilly, nombre que dieron nuevamente al jardin.

Pero el imperio releva las coronas y las multiplica. En 1805 compra un húsar el Eliseo, y entra en él á caballo; dá órdenes, y el hotel renace con nueva forma á influjo de una vara de virtud; pero desgraciadamente esta vara de virtud era un sable. No era el gusto quien la conducia: reapareció la riqueza sin elegancia. Los pesados ornamentos del imperio reemplazaron las fantasías de la Pompadour y de Beaujon. Solo el gran salon se libertó de este nuevo dominio.

Su nuevo dueño era Joaquin Murat.

Madama Murat, la bella Maria Bonaparte, festejó allí gloriosamente las victorias de su hermano y de su marido: allí recibia los partes de Austerlitz, de Jena, de Eylau, y de Friedland. Luego la anunciaron que era reina de Nápoles: resignóse á esta desgracia y marchó á tomar posesion de su trono, que fué, como todos saben, el sepulcro de Murat.

Vuelto á entrar en el dominio de la corona, el Eliseo vió llegar y pasearse bajo sus sombrías bóvedas á un hombre de corta estatura, brusco y pensativo, con espuelas, botas de montar, y la mano metida en su capote gris.

Este hombre pequeño era el dominador del mundo, el emperador Napoleon.

Le gustaba el Eliseo y le habitaba con frecuencia. Era su casa de salud, decia. No echaba de menos mas que una cosa en el jardin; una calle de árboles recta y cubierta para andar por ella sin mirar adelante.

Era dichoso entonces, aun tenia á su lado al ángel de su guarda, á su Josefina. El Eliseo fué mucho tiempo su paraíso.

Un día entró en él Josefina anegada en lágrimas, por que ya no era emperatriz; pero no era esta pérdida la que lloraba, sino el amor de su marido que repudiaba su esterilidad para pedir un hijo á María Luisa.

En 1814, Napoleon dejaba á un tiempo el Eliseo y la Francia. Otro emperador victorioso entró en su gabinete, y exclamó respetuoso:

—¡Cuántas gigantescas empresas han sido concebidas en este modesto lugar! ¡Y qué hombre aquel que sabia dirigir tantas cosas!

Este emperador era Alejandro de Rusia.

Al año siguiente Napoleon reapareció en el Eliseo; allí fué donde el águila herida de Waterloo recibió el golpe de gracia el 22 de junio de 1815. La Inglaterra la cogió entonces en nombre de la Europa, y la echó mas allá del Océano sobre la roca de Santa Elena.

Fué habitado bajo la Restauracion por el duque de Berry hasta la puñalada de Louvel, por el infante don Miguel y por el rey de Nápoles; bajo la regencia de Luis Felipe por diferentes príncipes alemanes, por Ibrahim Bajá, por el bey de Tunez y por los infantes de España: reservado

en fin, para la viudez probable de la reina Maria Amelia, el Eliseo Borbon ha visto huir á su futura huésped, como vió desaparecer á sus antiguos huéspedes, y se ha abierto en diciembre de 1848 al presidente de la república, al sobrino del emperador, que dijo al abandonar este grande hotel treinta y tres años antes: «No es con *mi nombre* con lo que la Francia puede esperar ser libre, feliz ó independiente.»

Ocho años, casi dia por dia, antes de esta última peripecia, que no es la menos extraña, un gran ruido sacó al Eliseo de su tranquilo sueño y soledad. Desde el arco de la Estrella á las Tullerías, los caballos trotaban, los batallones desfilaban y los tambores batian marcha fúnebre. Un catafalco rodeado de banderas tricolores, conducido por un príncipe de la casa de Orleans, se adelantaba en medio de las aclamaciones universales. Este catafalco llevaba un féretro, y este féretro encerraba el cuerpo de Napoleon. La sombra del grande hombre, pasaba su última revista, acababa de lanzar su última mirada á las márgenes del Sena.

Tales han sido los destinos del Eliseo Nacional. ¿Quién podrá decir los que el cielo le reserva para el porvenir?



Vista del palacio del presidente de la república francesa, tomada desde el jardín.